

El círculo de Varsovia

Martín Corbo



CORBO

ULO DE VARSOVIA

Capítulo 1

EL CÍRCULO DE VARSOVIA

Índice

PARTE I
Pág. 7

PARTE II
Pág. 39

PARTE III
Pág. 67

PARTE IV
Pág. 89

PARTE V
Pág. 121

EPÍLOGO
Pág. 143

PARTE I

CAPÍTULO 1

Viktor observó con impaciencia el reloj, que aún no marcaba la hora de salida. Aunque cada jornada en la fábrica se le hacía interminable, su impaciencia era motivada por dos importantes aniversarios que se conmemoraban ese día: el de su pequeña Elsa, y el del exilio al que se había visto forzada su familia.

Aunque hábil para realizar la tarea que le era encomendada en la línea de producción, el automatismo al que lo sometía se oponía diametralmente a los desafíos que le había representado ser uno de los doctores más destacados de su generación.

El silbato marcó el fin de la jornada laboral. Viktor recogió sus herramientas, las depositó en el casillero, y pasó llave. Debía cubrir en tiempo récord las labores que le habían sido encomendadas: levantar de la panadería el pastel de Elsa, y conseguir el regalo.

De camino a la tienda, se detuvo a comprar el periódico. Entregó el dinero al joven vendedor, y contempló la portada. El titular central rezaba: "EL EJÉRCITO ALEMÁN BOMBARDEA POLONIA".

Inmediatamente, su mente lo hostigó con recuerdos de su llegada a Varsovia, debiendo abandonar Leipzig acarreando las contadas posesiones que pudieron llevar consigo. Con el apoyo incondicional de su comunidad, sin embargo, habían conseguido establecerse rápidamente. Los lujos, lejos estaban de igualar los de su ciudad natal. La dimensión del apartamento apenas representaba la cuarta parte de su anterior hogar.

En tanto, la retribución que percibía manufacturando calzado apenas cubría los gastos esenciales. Sin embargo, la contención de su esposa Frida había sido un pilar fundamental en la unión familiar, buscando siempre el lado positivo de las pequeñas cosas.

Viktor colocó el diario bajo su brazo, y continuó viaje. Pocas cuadras después, entró a la pastelería. "- Buenas tardes, vengo a levantar un pastel para mi hija".

"- Sí, señor. Enseguida se lo alcanzo. ¿Desea algo más?", preguntó el tendero.

"- No, con eso será suficiente". Las finanzas familiares restringían el menú del festejo a la torta dulce.

El comerciante notó el diario que llevaba Viktor, y se atrevió a salir de la plática mercantil que habían entablado. "- No comprendo qué se proponen. Primero Austria; ahora nosotros. ¡Alguien debe detenerlos!", afirmó.

Viktor se limitó a asentir. Extrajo los eslotis de su bolsillo, y los apoyó sobre el mostrador.

El vendedor los tomó, y entregó el cambio. "- Espero no terminemos usando marcos imperiales", rezó.

Viktor recogió primero el cambio, luego el pastel, y se despidió del tendero. La tienda de regalos lo esperaba en la siguiente cuadra.

Frida terminaba de aprontar a Elsa con el nuevo vestido que ella misma había zurcido para la ocasión. Viktor ingresaba al piso, y apoyaba las compras sobre la mesa. "- ¡Feliz cumpleaños, pequeña!", saludó mientras le mostraba el obsequio. Elsa agitó sus pequeños brazos en señal de

felicidad, e intentó zafarse de la falda de su madre.

“- Viktor, ¡que va a rasgarse el vestido!”, dijo Frida. Elsa aún no caminaba, y la apoyó con cuidado en el suelo. La criatura intentó ponerse de pie, mantuvo el equilibrio por unos segundos, y volvió a aterrizar sobre su parte trasera, disparando un llanto angustiado.

Viktor la levantó, y la colocó contra su pecho. “Ya, ya. Papi ya está en casa”. Le besó sus rojas mejillas, y la llevó hasta la muñeca. Elsa la tomó por las piernas, y comenzó a agitarla con emoción.

“- ¿Cómo ha estado hoy el trabajo?”, preguntó Frida mientras terminaba de tender la cama.

“- Sin novedades en el frente”, contestó Viktor.

Frida continuó hacia la mesa, y comenzaba a retirar todo aquello que no estuviera directamente relacionado con la cena. Viktor acomodó a Elsa sobre la cama, y la asistió en la tarea.

Frida se detuvo en el periódico, y se dejó caer sobre una de las sillas. “- No puede ser, ¡es que nunca estaremos en paz!”, exclamó. Sus manos comenzaron a temblar, y las lágrimas comenzaron a brotar.

Viktor se acercó hasta ella, y la rodeó con sus brazos. “- No desesperes. Esto tiene que terminar algún día. Su ambición será su tumba. Europa toda les hará frente, no tienen posibilidad”, aseguró.

Frida se volteó, y lo miró a los ojos. “- ¿Me lo prometes?”. Lo que percibió en su semblante no le transmitió seguridad, pero debía contentarla de todos modos.

“- Ahora, vamos a preparar esos garbanzos. No puedo esperar al postre y saborear ese delicioso pastel”. Viktor se dirigió a la mesada que utilizaban para cocinar, y comenzó la preparación.

La velada transcurrió con contento, entre risas y con la fascinación de Elsa por su primer año. Devoraron más de la mitad de la torta, y se prepararon para el descanso.

Frida arropaba a Elsa, mientras Viktor terminaba de asear. Apagó las velas, acomodó su ropa de trabajo en la silla y se colocó el pijama. “- Que tengan dulces sueños”.

Faltaba menos de un mes para que el ejército nazi ocupara definitivamente la capital polaca.

El día que encontró el aviso en la puerta de la fábrica, informando del cierre temporal de la misma, Viktor comprendió que la llegada a Varsovia de la contienda que se venía librando en otras ciudades era inminente. Los demás obreros, cabizbajos, emprendían el apesadumbrado regreso a sus hogares.

"- ¿Viktor, qué sucede? ¿Por qué de regreso tan temprano?", interrogó Frida al verlo entrar por la puerta.

"- El taller ha cerrado; solamente dejaron un cartel en la entrada. No había nadie allí para dar explicaciones", se lamentó Viktor.

"- Dios mío... ¿Qué haremos? ¡No podemos seguir huyendo!".

"- Lo sé, querida, lo sé. Tampoco es oportuno intentar un cruce de frontera en este momento. Hay que armarse de paciencia". Tomó el tazón con las patatas, y comenzó a pelarlas sin prisa.

Elsa, en tanto, se entretenía con su muñeca, que ya contaba con una extremidad menos desde que la había sido entregada en su cumpleaños.

El repiqueteo en la puerta los sorprendió. "- ¿Esperamos a alguien?", preguntó Viktor.

"- No, a nadie".

Viktor se puso de pie, y se acercó hasta la entrada. "- ¿Quién es?".

"- El rabino Jan, Viktor. Me disculpo si es mal momento", se escuchó del otro lado de la madera.

Viktor se precipitó a quitar el seguro, y giró la puerta hacia adentro. El apartamento, que era oscuro de por sí, se iluminó levemente. "- Adelante rabino, un honor que nos visite en nuestra humilde casa".

El rabino ingresó, y se sacó el sombrero. Saludó alzando la mano a Frida, y le obsequió una sonrisa a Elsa.

"- Viktor, no deseo molestar. Solamente quería saber cómo estaban. Me he enterado de lo de la fábrica. Es una desgracia sin duda alguna".

"- Muchas gracias, rabino. Un poco consternados, para serle sincero. Pero ya se acomodará todo, ya verá. ¿Gusta una taza de té caliente?".

"No es necesario", contestó el rabino. "- Vengo de la casa de los Wolter, y ya les acepté una infusión a ellos. Viktor, Frida: debemos estar unidos en

estos momentos dificultosos. Es la única forma de asegurar el bienestar de todos. Contamos con su apoyo”.

“- Descuide, rabino. Después de cómo nos recibieron aquí, no podríamos hacer otra cosa”, contestó Frida.

“- Los víveres comenzarán a escasear pronto. Implementaremos un sistema para asegurarnos de que todos tengan lo que precisan para subsistir, al menos hasta que tengamos mayor certeza de cómo se resuelve el conflicto. Por ahora, sean prudentes y no asuman riesgos innecesarios”, concluyó el rabino.

“- De acuerdo, le agradecemos sus consejos y que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí”, respondió Viktor.

El rabino se volvió hacia la salida, y los despidió a la distancia. “- Seguiremos en contacto”. Una vez que la puerta volvió a cerrarse, Viktor se arrimó hasta ella y pasó llave.

“- Viktor...”.

“- No Frida. Debemos confiar en el rabino. Nos quedaremos”.

Pocas noches después, la luminiscencia de las detonaciones en el horizonte comenzaba a interrumpir el descanso de la familia. Viktor había dejado de conciliar el sueño con facilidad desde la mudanza a Varsovia, y el nuevo aditivo no hacía más que empeorarlo.

Se levantó con sigilo de la cama, y se aproximó a la pequeña ventana del frente. Corrió la cortina a un lado, y observó las luces de las aeronaves en combate, descargando sus metralhas y rociando los explosivos a la distancia.

“- Sabes que te admiro y respeto como a nadie, pero te ruego me escuches”, dijo Frida mientras llegaba a acompañarlo. “- No pasarán muchos días más hasta que los tanques alemanes entren en la ciudad”.

Viktor mantuvo la vista al frente. Su desazón entablaba lucha con el halo de ilusión de que la situación fuera de alguna forma reversible. ¡El continente entero contra los opresores! ¡Cómo no podían ponerle término a tamaña locura!

Se sentaron a la mesa, y contemplaron a Elsa. “- Ni siquiera puede imaginar lo que está sucediendo ahí afuera”, afirmó Frida. “- No merece

pasar por todo esto”.

Viktor tomó sus manos entre las suyas. “- Mañana hablaré con el rabino, y le comunicaré que nos iremos antes de que sea demasiado tarde”. Frida entremezcló risa y llanto, en señal de contento.

La esposa del rabino recibió a Viktor, y lo invitó a pasar.

“- Eita, muchas gracias por recibirme sin previo aviso. Preciso hablar con el rabino Jan. Puedo aguardar a que él se desocupe”.

“- Viktor, que hayas venido hasta aquí no ha sido sino oportuno. Jan ha tenido una pésima noche. ¿Piensas que puedes revisarlo?”, preguntó Eita.

“- Por supuesto, si me permite la acompaño ahora mismo”, respondió.

Eita lo dirigió hacia el dormitorio. El rabino Jan yacía recostado en la cama, con compresas frías en la frente y profundamente dormido. “- Comenzó a temblar en la madrugada; no he conseguido bajar la fiebre del todo”, se lamentó Eita.

“- Has hecho un excelente trabajo, no te preocupes”, respondió Viktor. “- Siga aplicando las compresas, y dele de beber mucho líquido. Debiera mejorar a partir de mañana”. Se volvió hacia Eita, y no tuvo otra opción que confesarse con ella en lugar de que con el rabino. “- Eita, nos iremos por la madrugada. Tengo un contacto que nos llevará a Rumania No podemos arriesgarnos a quedarnos más tiempo aquí”.

“- Comprendo; sabes cómo desearía que las circunstancias fueran diferentes para todos nosotros...”, respondió Eita. “- Quizás fuimos muy ingenuos. Cuando comenzó esta persecución años atrás, nunca imaginamos que se difundiría de esta forma”.

“- Te pido le des mi agradecimiento al rabino, por todo lo que hizo por mi familia. Algún día, volveremos a vernos”.

Admiraron el apartamento por última vez, y detrás de la puerta dejaron todas sus pertenencias, excepto una maleta que cargaba lo indispensable. En la calle, un vehículo los esperaba con el motor encendido.

“- Franz, amigo. Sabía que no me fallarías”, dijo Viktor mientras subían al automóvil.

“- Viktor, Frida; debemos irnos cuanto antes. De un momento a otro, las fuerzas del ejército nazi irrumpirán en las calles”, advirtió Franz. Frida acomodó a Elsa sobre su pecho y falda, y confirmó que estaban en posición de partir.

El coche avanzó despaciosamente por la ciudad, que pernoctaba indefensa. “- Por la mañana, todos estarán bajo el control alemán. Las personas serán interrogadas una a una. Confeccionarán una base de datos en poco tiempo. El destino de los miembros de nuestra colectividad dependerá de que puedan engañar a los oficiales y ocultarles su origen...”, dijo Franz.

“- ¿Entonces, has podido cruzar a tu familia sin problemas?”, consultó Frida.

“- Ayer regresé de la frontera. El contacto que tengo allí es de confianza. Solo espero que lleguemos a tiempo”.

Varsovia parecía quedar atrás, en el momento que una camioneta del ejército alemán se atravesaba en su camino.

CAPÍTULO 2

Viktor humeaba su último cigarro en el frente del edificio. Cuando volvería a saborear uno, lejos estaba de saberlo. Se cumplían casi dos años de su destierro en el gueto, aunque se le asemejaba a una vida entera.

En la vereda de enfrente, unos niños jugaban con una gran caja de cartón. Simulaban que era un avión de combate. El mayor se colocaba al frente, y disparaba a enemigos imaginarios. Detrás, otros dos más pequeños operaban un radio ficticio y solicitaban refuerzos.

Tiró la colilla al suelo, y la presionó con la punta del zapato. Los mismos que había calzado aquella noche que estuvieron a punto de lograr el cruce. Su improvisado oficio le había sido de utilidad finalmente, y había conseguido remendarlos una y otra vez, prolongando su vida útil.

Dentro del gueto, sin embargo, sus servicios como médico eran más demandados que los que podía ofrecer como zapatero. Ello le permitió hacerse de todo tipo de provisiones, particularmente aquellos que ingresaban de contrabando los menores que lograban cruzar las pequeñas grietas en el muro.

Ludwig apareció doblando la esquina, y avanzó hacia su encuentro. “- Viktor, lamento la demora. Ten; espero que sean de tu agrado”. Le tendió un paquete envuelto en papel de manila, sujetado con un fino cordel

blanco.

Viktor se hizo del paquete, a regañadientes. “- Ludwig, ya hablamos de esto. No es necesario que sigas regalándome nada. Estamos a mano”.

“- Salvar a mi pequeño Nikolai es algo por lo que nunca podré compensarte”, refutó. “- ¿Has tenido novedades?”. Sabía que la interrogante incomodaba a Viktor, pero sentía que debía precisar desahogarse con alguien cuando menos.

“- Nada aún”, contestó mientras sentía que se le hacía un nudo en la garganta.

“- Ya verás que habrá noticias pronto. Frida y Elsa estarán bien”.

Viktor cambiaba el paquete de una mano a la otra, manteniendo la mirada al suelo. “- Dios te oiga, Ludwig. No puedo pensar en que exista un lugar peor que éste”, sentenció.

Ludwig tendió su mano derecha, y Viktor la estrechó. “- Nos vemos luego, mi amigo”. Fue la última vez que lo vio.

El gueto se inauguraba en el segundo mes del otoño, casi un año después de que el ejército alemán ingresara en la capital. Primero delimitado con improvisados alambres de púa, el muro de tres metros de alto y dieciocho kilómetros de extensión que se erigió poco tiempo después aisló a los más de cuatrocientos mil judíos de la ciudad, en un área que no tenía más de doce cuadras de extensión.

Hasta entonces, sobrevivir en la ocupada Varsovia había sido posible gracias a los ahorros que habían traído -y escondido- desde Leipzig en el forro de sus abrigos. El destierro en el gueto, sin embargo, complicaba aún más las cosas. Los comestibles no abundaban; las míseras raciones que otorgaban los alemanes eran sino inhumanas.

El Judenrat (asamblea judía que respondía al gobierno alemán), enfrentaba excesivas responsabilidades en lo que refería a alojamiento, alimentación, educación y trabajo. El hacinamiento, la hambruna y las precarias condiciones sanitarias eran preocupaciones de todos los días.

Ser médico de profesión le permitió a Viktor y su familia contar con ciertas ventajas, comparado con lo que le tocaba vivir al resto. En lugar de compartir una habitación con casi diez personas, tenían un cuarto para ellos tres.

Las jornadas en el hospital eran extensas y los suministros prácticamente inexistentes, en tanto las enfermedades proliferaban. Al menos, Frida y Elsa tenían el dormitorio para ellas solas en su ausencia, evitando mayormente el riesgo de contagio.

La noche que regresó al hogar y encontró la habitación vacía, se sintió perecer. Los alemanes habían comenzado las deportaciones indiscriminadas apenas comenzado el verano, perdiendo el Judenrat control sobre el asunto. Paulatinamente, toda la población del gueto comenzaba a ser desterrada a los campos.

Las sirenas de los camiones espabilaron al gueto prontamente de su sueño, y obligaron a sus pobladores a formarse en las calles una vez más. Más de cincuenta vehículos aguardaban en la entrada, para trasladar a casi seis mil personas.

Viktor se aseguró de acomodar su distintivo, de manera que fuera claramente visible para los soldados y evitar confusiones. Muchas noches de desvelo había deseado que lo llevaran, aunque solo fuera para ver a su familia una última vez. Otras tantas, el argumento que primaba era resistir. Algo debía de poderse hacer. El asunto no menor era qué.

Los oficiales comenzaron a identificar a los elegidos, y los retiraban de las diferentes formaciones. Empujones, gritos y desconsuelo eran moneda corriente. Viktor veía cómo la escena se repetía día tras día, y la impotencia le ganaba.

La bomba molotov se estrelló sobre el casco del recluta que tenía delante, e instantáneamente el cuerpo ardía en llamas. En seguida, decenas de frascos comenzaron a llover desde el cielo, aunque el objetivo no siempre era el indicado. Los habitantes del gueto rompieron filas, y desesperadamente buscaron refugio de los explosivos.

Los militares comenzaron a disparar sus armas a la parte alta de los edificios, sin criterio definido. De dónde venían las municiones no lograban identificar. Viktor cruzó el umbral de la planta baja, y se resguardó debajo de las escaleras.

El intercambio duró apenas unos minutos. Las fuerzas alemanas emprendieron la retirada, y ese día partían con apenas cinco camiones completos.

Las puertas del muro se cerraron, y los residentes del gueto regresaban a las calles exultantes. Los cantos y abrazos se reproducían en todas partes. Viktor emergió de las sombras, y contempló los espontáneos festejos. A sus espaldas, decenas de hombres armados comenzaban a ladearlo y se

dirigían hacia el centro de la reunión. Los aplausos ensordecían a los presentes.

“- ¡Somos la resistencia clandestina! ¡No toleraremos que ni un solo miembro más de esta comunidad sea llevado fuera de los muros! ¡Preferimos morir luchando antes que rendirnos!”, declaraba quien parecía estar al mando.

La muchedumbre continuaba con la ovación.

“- Debemos unirnos y hacer frente al enemigo”, continuó. “- Para ello, primero debemos saber quién está de nuestro lado, y quién no lo está”. El resto de los rebeldes abrió paso, y desde el fondo de la calle otro grupo armado escoltaba a varios moradores del gueto a punta de pistola.

“- Ahí tienen a algunos de los colaboradores del ejército nazi. Nuestra propia sangre, que nos ha traicionado a cambio de una comida caliente”.

El abucheo reemplazó de inmediato los festejos.

“- Si conocen a alguien que colabore con los alemanes, deben denunciarlo ahora. De lo contrario, serán considerados cómplices y correrán la misma suerte que ellos”.

Los captores colocaron a los prisioneros en una ronda, y a la orden del mandamás procedieron a ejecutarlos.

“- Hermanas, hermanos; únanse a nosotros y detengamos esta masacre. ¡Juntos podremos hacerlo!”. La algarabía regresó a la multitud, que festejaba el inesperado triunfo de la resistencia como propio.

Viktor se mantenía al margen de las celebraciones. Por fin alguien había dicho basta, pisado firme y demostrado que no tolerarían más la opresión a la que los sometían. No obstante, ¿qué podían hacer encerrados entre cuatro paredes? ¿Cuánto más lograrían combatir al ejército que había puesto a toda Europa de rodillas? La ilusión de que Frida y Elsa estuvieran todavía con vida, era lo único que lo alentaba a quitarse los miedos y sumarse a la revolución.

“- Doctor, la resistencia agradece todo lo que ha hecho por el gueto en estos dos años. Lo de su familia ha sido una desgracia; pero existe la posibilidad de que aún pueda encontrarla sana y salva. Para ello, debemos salir de aquí, reagruparnos y con apoyo del exterior rescatar a los nuestros. Contamos con usted”, dijo el jefe de la revuelta.

“- Por supuesto”, respondió Viktor. “- Dígame nada más en qué puedo ser

útil". Le ofreció su mano, y con un fuerte apretón sellaron el pacto.

"- Por ahora, soportar con nosotros los embates que vendrán. Debemos lograr que los alemanes desistan de seguir deportando a los nuestros a los campos, hasta que podamos delinear nuestra estrategia".

Las fuerzas del régimen nazi se vieron obligadas a discontinuar las abducciones. Durante los meses siguientes, la resistencia tomó control del gueto, impidiendo la sangría de la comunidad.

La comida y otros artículos de primera necesidad debieron ser racionados. El contrabando continuaba nutriendo las escasas reservas, y permitía a los rebeldes concentrarse en su táctica.

El otoño transcurrió sin sobresaltos, en tanto el invierno recibía Janucá con fuertes heladas. La calefacción había dejado de funcionar por completo desde la sublevación, y el congelamiento comenzaba a sentirse en cada pieza del gueto.

Las habitaciones habían sido redistribuidas desde el motín, y Viktor compartía desde entonces la suya con una de las familias. Kurt, el padre; Sarah, la madre; y los pequeños Rebeka y Max. Añoraba la suya propia más que nada en el mundo, pero la compañía había aplacado de sobremanera la soledad a la que había tristemente comenzado a acostumbrarse.

"- Debemos construir refugios subterráneos, y reforzar los puntos de ingreso", afirmó Kurt, quien desempeñaba un papel fundamental en la estructura de la resistencia. Viktor, en las antípodas de su interlocutor y que nunca había siquiera tenido un arma de fuego en sus manos, lo escuchaba con atención. "- Los alemanes retomarán los secuestros en cualquier momento. Debemos soportar a como dé lugar, hasta que sean derrotados de una vez por todas por las fuerzas aliadas".

"- Suena muy sencillo cuando lo dices", contestó Viktor.

"- Tenemos gente entendida que se encargará del tema. Si nos puedes ayudar a excavar, será suficiente".

CAPÍTULO 3

Frida volvía a ordenar la habitación por enésima vez, mientras Elsa dormía su siesta de la tarde. La exclusividad contribuía de sobremanera a su

descanso, antagónico al atiborramiento del resto de los demás aposentos.

Encontrar un elemento de distracción para abatir la monotonía de cada jornada era por demás desafiante. Seguramente, a rutina de Viktor era menos alentadora, pero al menos le daba una motivación para levantarse cada mañana.

La torre en la que se alojaban se ubicaba cercana del acceso al gueto. Desde la pequeña ventanilla, se alcanzaba a ver el movimiento del otro lado del muro. Observar lo que ocurría fuera de esas cuatro paredes era lo único que la mantenía cuerda.

Repentinamente, una cuadrilla de camiones comenzó a agruparse en la puerta de acceso. La imagen llamó su atención; los insumos se habían entregado el día anterior, con una pequeña furgoneta que dejaba los suministros frente al portón. Los soldados comenzaron a descender de las unidades portando sus fusiles, y el espanto la asaltó por completo.

Elsa, que era desvelada sin previo aviso, inició el sollozo de inmediato. Frida la cubrió con la única frazada que tenían, y se dispuso a bajar las escaleras. El sanatorio quedaba solamente a tres cuadras, pero quizás ya fuera demasiado tarde.

El enjambre de personas que invadió las calles confirmó sus peores temores. Hombres y mujeres pasaban a su lado como centellas; niños que gimoteaban mientras eran prácticamente arrastrados por sus mayores aunque no sabían por qué ni hacia dónde.

El primer camión ingresaba marcha atrás por el umbral de la entrada. El capitán a cargo del operativo, escoltado por los flancos por sus soldados, impartió la primera orden. “- ¡Todo el mundo contra la pared! ¡Ahora!”.

Sucesivos disparos al aire acallaron el confuso griterío. Frida se recostó contra el concreto de inmediato. Elsa, ya sin fuerzas, había dejado de llorar y se recostaba en el pecho de su madre.

El capitán comenzó a avanzar por el centro del pavimento. Con su mano derecha, indicaba a sus subordinados quiénes debían ser llevados al transporte. Quienes ponían objeción al mandato, eran castigados con la culata del rifle y halados de sus extremidades hasta el camión.

Frida se cubrió los ojos con su mano libre, agobiada por la escena. Se preguntaba si Viktor estaría al tanto de los acontecimientos. Y si lo estaba, ¿había algo que pudiera hacer? Los miembros del Judenrat no se avistaban en la cercanía, lo que visiblemente no era una buena señal.

El agarre de uno de los soldados la hizo volver en sí. La cinchó hacia el frente, y por instinto se limitó a atenazar a Frida entre sus brazos. Sin

embargo, no ponía resistencia al traslado. Difícilmente sus captores repararan en evitar lastimar a la niña, en caso de tener que impartirle un correctivo.

Las montaron a la caja del camión, que prácticamente estaba abarrotado de ocupantes. Lamentos y gemidos se confundían en la oscuridad. Buscar acomodo era prácticamente inasequible. Elsa reclamaba por su padre, mientras Frida lo buscaba entre la muchedumbre con desespero.

Uno de los soldados dio dos golpes en el costado de la carrocería, y el camión comenzó su marcha con lentitud. Después de dos años, abandonaban el lugar al que habían sido confinadas desde su detención, con la certeza de que su siguiente destino difícilmente fuera más alentador.

El camión se detuvo, y los soldados arengaron a los prisioneros a descender con prontitud. Frida contempló la locomotora, que humeaba en abundancia. La multitud comenzaba a ingresar a uno de los vagones, lúgubre y maloliente.

Mientras continuaba consolando a Elsa, percibió a una jovencita que atravesaba un ataque de pánico. Le costaba respirar, y no conseguía coordinar sus inhalaciones. Frida le tendió su mano, y la acarició procurando transmitirle algo de sosiego. “- Estarás bien, tranquila”. La muchacha soplabla y resoplaba. “- Intenta tranquilizarte; llena tus pulmones con aire y déjalo salir lentamente”.

“- Muchas gracias”, dijo. “- No comprendo que está sucediendo. ¿A dónde nos llevan?”, preguntó.

“- No lo sé, pero lo importante es que estamos juntas en esto, ¿de acuerdo?”.

La joven asintió. “- Gabrielle es mi nombre. ¿Cuál es el tuyo?”.

“- Frida. Y ella es Elsa, nuestra pequeña”, respondió inconscientemente. Que volvieran a estar alguna vez los tres juntos, parecía volverse paulatinamente de las posibilidades más remotas.

“- Mis padres murieron en el gueto. Tifus. Apenas hacía un mes que nos habían ingresado. Desde entonces, conviví con desconocidos todo este tiempo”. Frida acarició su mano.

La puerta del vagón se cerró, sumergiéndolas en la absoluta oscuridad. Durante las siguientes horas, el tren se mantuvo estático. El movimiento que percibían en el exterior les indicaba que sucesivos camiones arribaban

a la terminal, completando el resto de los vagones.

En el ocaso del día, la máquina se ponía en marcha y comenzaba su derrotero por las vías. Gabrielle y Frida mantuvieron sus manos unidas, aunque no lograban que la somnolencia las alcanzara. Por fortuna, Elsa sí dormitaba a pesar de las desgraciadas circunstancias.

El portón daba paso a los uniformados, y el encargado del campo de Treblinka dio la orden de avanzar. De un momento a otro, se aguardaba la presencia del coronel para asistir al evento. Su desempeño sería evaluado y comunicado a las altas esferas, por lo que no dudaría en aplicar mano firme desde el inicio.

El primer convoy se aproximaba por la solitaria arteria de acero, y el centro de detención comenzaba su actividad a fin de cuentas.

Decenas de soldados se apostaban frente a las puertas de los vagones, con armas de fuego en mano y feroces canes como apoyo. Una a una, las compuertas fueron descubiertas. Sus ocupantes volvían a ver la luz del sol, y sus retinas se acostumbraban nuevamente a la claridad.

Los modos con que eran convidados a descender y avanzar hacia el interior del centro de detención, lejos estaban de ser cordiales. El proceso vivido a la salida del gueto, volvía a repetirse otra vez. Elsa estrangulaba a su madre por el terror que le infundía el ladrido de los perros. Gabrielle, en tanto, la tomaba firmemente de la mano, intentando soldarla con la suya y evitar cualquier intento de separación.

“- Guardemos silencio y hagamos lo que nos indican. No demostremos temor aunque nos carcoma por dentro. Los más débiles serán los que sucumban primero”, afirmó Frida. Las tres avanzaron bajo la supervisión de los soldados alemanes, en una hilera que se proyectaba más allá de su campo visual.

Las bajas temperaturas debían ser asunto de los meses siguientes, pero ese día inundaban el descampado donde se ubicaba el presidio. Los uniformes se ubicaban ordenadamente sobre los mostradores de madera, y los oficiales indicaban a cada cautivo cuál tomar. Frida y Gabrielle eran catalogadas bajo el uniforme con el distintivo amarillo, que formaba con dos triángulos la estrella de David. Allí, delante de todos los presentes, los presidiarios eran obligados a mudar de ropa y colocarse las nuevas prendas, diseñadas con rayas azules y blancas.

La procesión las introdujo en un galpón amplio y húmedo. “- Frida, tengo miedo. No quiero que nos separemos”, dijo Gabrielle con un marcado

temblor en su voz.

“- No te preocupes; pase lo que pase, estaremos juntas”.

El siguiente puesto de control las aguardaba para indicarles las tareas que desempeñarían durante su encierro. “- Confección de uniformes”, leyó Frida al costado de su nombre. Gabrielle, a continuación, constató igual destino. “- Si debo vestir a estas bestias, me aseguraré de que sean las peores puntadas de mi vida”, afirmó entre dientes Frida.

“- ¿Qué harás con Elsa? No te permitirán tenerla contigo mientras trabajas”, preguntó Gabrielle.

“- Ya nos ocuparemos de eso”, respondió.

El protocolo de ingreso al campo había sido completado por ambas. Al salir del cobertizo, los soldados las dirigieron hacia la nave de los dormitorios. Las precarias instalaciones eran incluso peores que las del gueto. La iluminación era casi inexistente, los camastros se multiplicaban por doquier, y el frío se colaba por los cerramientos. Tomaron los dos primeros catres contiguos que divisaron, y se recostaron buscando dar descanso a sus exhaustos físicos.

“- En una hora comienzan el primer turno”, informó uno de los carceleros, cerrando la puerta tras abandonar la habitación.

Frida recostó a Elsa, y rozó su frente con las yemas de sus dedos. “- Intenta dormir, mi pequeña”. Rápidamente concilió el sueño, y aunque fuera por unas horas lograba escaparse del nuevo infierno que les tocaba vivir.

Adoptar la rutina laboral que su marido debió soportar desde su arribo a Polonia -aunque, en condiciones notoriamente divergentes-, inundaba a Frida con recuerdos permanentes de Viktor. Poco importaban los castigos psicológicos y físicos; él debía de estar afrontando una situación igual o inferior, donde fuera que estuviere.

Cuando menos, el cuidado de Elsa era solucionado con el resto de las mujeres con las que compartían estancia. La colaboración se hacía necesaria y evitaba que los críos fueran notados en demasía por los carceleros.

En cambio, Frida se preocupaba más por la situación de Gabrielle. Cada vez la notaba más callada, más alienada de lo que la rodeaba. Su desempeño en el taller desmejoraba cada día, y ello representaba

solamente problemas.

La tarde que regresaron a la pieza y descubrieron que la mitad de las prisioneras no estaban allí, casi detiene el corazón de Frida. Desesperada, comenzó a llamar por Elsa, quien emergía de entre las afortunadas supervivientes en brazos de una de ellas.

"- Han comenzado a ejecutarnos", sentenció la improvisada niñera entre lágrimas. "- Este es el fin, no hay esperanza".

Frida abrazó con afecto a su niña. "- Tenemos que salir de aquí. De alguna forma, debemos hacerlo".

CAPÍTULO 4

Helga releía el aviso en el periódico, y sintió una dicha como no hacía tiempo. "- Padre; creo que por fin lo he encontrado. Esta es la forma de ayudar".

"- Hija, qué dices. No te comprendo", respondió su padre mientras terminaba de ingerir su vaso de vino.

"- Están reclutando mujeres para trabajar en puestos militares", continuó Helga. "- Cumpló todos los requisitos, de seguro me darán una vacante", aseguró.

Walter apoyó la copa sobre la mesa, y limpió sus labios con el dorso de su mano izquierda. "- Helga, qué estás diciendo. ¿Trabajar para el ejército? ¿Cómo piensas que eso colaborará en algo? No puedes estar hablando en serio".

"- Padre, alguien debe hacer algo. Estamos aquí, escondidos; viendo cómo se llevan a nuestros amigos, a nuestros vecinos, a nuestro pueblo. Y nadie hace nada para impedirlo".

Walter bajó la vista. "- Hija, ¿y qué podemos hacer nosotros? Debemos ser pacientes y creer en que esto algún día finalmente terminará. Ninguna guerra dura eternamente".

"- Pues yo prefiero internar algo. Si puedo rescatar aunque sea a unos cuantos, me daré por satisfecha".

"- Prométeme que no seguirás adelante con esta tontería, Helga. Aunque sea, hazlo por tu madre. Si escucha estas ideas que se te han metido en

la cabeza cuando regrese, no harás otras cosa que darle un gran disgusto”.

Helga lo miró fijamente a los ojos. “- Está bien”, contestó escuetamente.

Esa noche, abandonó la casa para siempre.

La entrevista representó apenas un trámite. Documentación al día, no contar con antecedentes sediciosos, y proferir adhesión a la causa. “- ¿Cuándo puede comenzar?”, consultó su entrevistador.

“- Inmediatamente”, contestó Helga. Siendo su primera experiencia en un proceso de selección, demostraba una madurez que sorprendía a su interlocutor.

El abandono del hogar familiar había quedado fuera de los detalles. Estaba decidida a seguir adelante. Alguien debía darle a los cautivos una oportunidad. Demostrarles que tenían una alternativa.

“- Perfecto. Mañana debe presentarse en la terminal del ferrocarril. Allí, presente este papel, y la abordarán en el vagón del personal del campo de Treblinka. Formará parte del equipo que custodia el pabellón de las mujeres. No se preocupe, la tarea será por demás sencilla”.

Helga escuchó atentamente las instrucciones, y, agradeció la oportunidad que le era otorgada.

Culminada la entrevista, comenzó a deambular por las calles de Varsovia, sin rumbo fijo. Las noches anteriores había dormido en callejones, en los bancos de las plazas. Esta era su última noche a la intemperie, pero no terminaba convencerse de sino lo prefería a lo que estaba por venir.

El vehículo se detuvo delante de ella, en el momento que se disponía a cruzar la calle. Helga interrumpió su marcha, y comprobó de inmediato que no se trataba de una mala maniobra.

Un hombre espigado y recio emergió de la puerta delantera. “- ¿Helga Amann?”, preguntó con una voz ronca.

Helga permaneció en silencio unos segundos. Tenía sus documentos consigo; nada malo podía suceder. ¿O sí? “- Sí, soy yo. ¿Cómo sabe mi nombre?”.

“- Acompáñeme, por favor”. El desconocido abrió la puerta del

acompañante.

“- ¿Y si no quiero hacerlo?”

“- ¿Está segura de que podrá combatir a los alemanes usted sola?”, cuestionó.

Helga lo contempló fijamente, y tomó asiento. La puerta se cerró tras de ella, y el hombre se montó en el asiento del conductor, presionando el acelerador a fondo.

Condujeron cerca de treinta cuadras en absoluto mutismo, y la marcha finalmente se detuvo en una de las tantas fábricas abandonadas.

“- Mi nombre es Stefan Behm, Mayor del ejército polaco”.

Helga lo admiró sorprendida.

“- Cuando vi su caso en la lista de personas desaparecidas, supe que tenía que buscarla. La descripción que dieron sus padres del pleito que la llevó a abandonar el hogar, no es muy común que digamos”.

“- No comprendo”, respondió Helga.

“- Estamos coordinando con los países aliados un ataque a los campos de concentración, guetos y otros montados por los nazis. Precisamos voluntarios que se infiltren, y nos pasen información desde dentro. Contar con la ayuda de una de las nuevas guardianas de los centros de detención sería de mucha utilidad”.

Helga lo escuchaba sin parpadear siquiera. “- Escuche, no tengo ningún tipo de entrenamiento, lo único que hice fue rebelarme a la actitud de mis padres de esconderse y ser indiferentes a lo que está sucediendo. No sé qué encontraré tras esos muros, y si realmente podré ayudar a esa gente”.

“- Nosotros lo haremos, una vez que nos diga cómo es la rutina allí dentro. Conociendo la distribución del lugar, los horarios, los puntos débiles, concertaremos un ataque y liberaremos a los prisioneros”.

Su mente procesaba la información a la velocidad de un vórtice.

“- Debo presentarme mañana en la estación del tren. ¿Cree que podrá prepararme en lo que resta del día?”.

“- Haré mi mejor esfuerzo”, respondió el Mayor.

El andén comenzaba a colmarse poco a poco. Helga llevaba las únicas pertenencias que había rescatado de su anterior vida en un pequeño bolso. Mujeres de todas las edades y entornos partirían en breve con un destino común.

Todas ellas eran acompañadas por familiares, quienes las despedían con euforia. Todas, menos Helga. Ser la única solitaria la hizo concentrarse en los demás andenes. Reparó en los vagones de carga, los cuales instantes después comenzaban a ser colmados de detenidos.

La forma en que humillaban a esa gente no hacía más que reforzar su postura de seguir adelante. Ello, y la indiferencia de sus nuevas colegas ante la situación.

El silbato dio la señal de que la máquina estaba por partir, y abordaron su coche. “- Oye, no pude evitar notar que nadie vino a saludarte. ¿Estás bien?”, indagó una muchacha que parecía ser de su edad.

“- No te preocupes, pero te agradezco el interés. Mi nombre es Helga, mucho gusto”.

“- Marian. Estoy un poco nerviosa, pero mis padres me han asegurado que no me arrepentiré”.

La inquietud que Helga sentía de seguro superaba la suya con amplitud. En cuanto a arrepentimiento, era prematuro augurar cuál de las dos lo experimentaría a fin de cuentas.

El trayecto se le hizo corto por demás. Durante el mismo, repasó demasiadas veces lo que había planificado con el Mayor. Descendió del vagón, y la comitiva de bienvenida las aguardaba metros más adelante.

“- Sean bienvenidas al campo de Treblinka. Avancen hacia los mostradores, donde serán ingresadas en el sistema de personal y se les indicará el nombre de su superior y tarea a realizar”, informó el encargado de campo.

Helga volteó apenas, y observó que los vagones con los prisioneros aún permanecían cerrados.

“- Señorita, ¿alguna inquietud?”. Cuando se volvió, el encargado se paraba justo delante de ella.

“- No señor”. Apenas lograba respirar.

El encargado regresó a su lugar, y prosiguió con su oratoria. “- Ahora, a trabajar. Aún faltan varios días para el franco”.

Las mujeres avanzaron hacia la recepción. Marian la alcanzó a su derecha, y demostraba ansiedad en su rostro. “- ¿Piensas que compartiremos habitación?”.

“- No lo sé, espero que sí”, respondió lejos de toda sinceridad. En la entrevista ya se había asegurado de indagar sobre el tema, y los cuartos individuales le aseguraban la privacidad que necesitaría para poner en marcha su plan.

PARTE II

CAPÍTULO 1

La transmisión interrumpió la programación musical, y dio paso imprevistamente a un boletín especial: “- *Noticia de último momento: el crucero Admiral Graf Spee fue hundido por sus propios tripulantes en el Río de la Plata en el día de hoy. Repetimos: los alemanes han echado a pique el Graf Spee. Ampliaremos en nuestra edición central*”.

Julio suspendió la reparación del motor, y se dirigió a la puerta del hangar. “- José, lo hundieron. Los nazis no pudieron repararlo, y prefirieron sumergirlo a que los británicos pudieran acceder a la tecnología de la nave”.

José terminaba de cebar el mate, y demostraba poco interés en la efervescencia de su compañero. “- Mejor que así se dieron las cosas. Lo único que nos faltaba era que la guerra se instalara por estos lares”.

“- Si tengo tu permiso, me gustaría ir hasta el puerto y ver qué está sucediendo por allí. Mañana volveré y terminaré la reparación, te doy mi palabra”.

“- Julio, ¿en serio vas a cruzar todo Montevideo para ver los restos de ese buque?”.

“- Tengo que verlo con mis propios ojos”, afirmó.

Cuando llegó al muelle, una multitud se apostaba observando la bahía. El humo renegrido se divisaba con claridad.

La proa del barco se elevaba hacia el cielo, y lentamente comenzaba a adentrarse en las aguas del río.

Julio contemplaba maravillado el espectáculo. A pesar de su estatura generosa, debió apelar a su audacia para tener una buena perspectiva.

Las opiniones sobre el acontecimiento estaban polarizadas. La neutralidad que había sido declarada por el gobierno nacional era defendida por algunos, justificando el retiro de la nave de las costas uruguayas y expulsando la presencia del conflicto mundial del territorio. Otros en cambio, cuestionaban la no intervención en la materia y la colaboración con los Aliados en la detención del crucero y de sus ocupantes.

El navío desaparecía en el horizonte. La muchedumbre comenzaba a retirarse, y Julio emprendía el regreso a casa. Durante el trayecto, llamó su atención la presencia de un barco de bandera inglesa en uno de los diques. Sobre el costado del mismo, el anuncio que vio marcaba su destino para siempre: "Alístese en la Fuerza Aérea Real".

Pocas semanas después, arribaba a una Londres inmersa por completo en la guerra. La dinámica de la ciudad evidenciaba la tensión de la pugna.

La legión extranjera comenzaba a nutrirse de voluntarios de todas partes del mundo. Los recién llegados a la isla fueron recibidos por autoridades del ejército inglés, y dinámicamente eran registrados en múltiples puestos apostados en el desembarcadero.

Aunque las indicaciones relativas a la ubicación del hotel donde se alojaría durante su entrenamiento habían sido claras, enseguida Julio se sintió totalmente perdido. Lejos estaba de dominar el idioma inglés, pero no estaba dispuesto a que ello fuera una barrera para continuar con su empresa. Mostró el papel a diferentes peatones que se cruzaban en su camino, quienes con buena voluntad procuraban guiarlo hasta su destino.

"- Uruguayo, no desesperes. Acompañame que el hotel está aquí a la vuelta". Julio se volvió hacia la desconocida voz, y se encontró con un individuo que era la viva imagen del hombre rioplatense: traje, chaleco y sombrero hacia un costado.

"- No creas que así voy a pilotar el avión. Pero hay que dar una buena

impresión desde el comienzo. Roberto Ledesma, para servirte”.

“- Mucho gusto, Julio Méndez”, respondió al estrechar su mano.

“- ¿No tenías nada mejor que hacer que venir a pelear con los alemanes?”, bromeó mientras producía un cigarrillo del bolsillo interno de su saco.

“- Mi familia piensa que fui a probar suerte a otra ciudad en mi país. Cuando logre instalarme aquí, les daré las buenas nuevas”.

Roberto se atoró con el humo del tabaco, y largó una carcajada entrecortada. “- Si que la hiciste bien, eh”.

“- ¿Y a ti, ¿qué te trajo hasta el viejo mundo?”, preguntó Julio.

“- Mi madre es inmigrante polaca. Buena parte de su familia aún permanece en Polonia, y la reciente invasión de los nazis la verdad me puso los pelos de punta. Podría hacer la vista gorda y quedarme en Buenos Aires diciéndole que todo va a estar bien, pero no es así. Además, hace más de cincuenta años que el ejército argentino no ve acción. Linda vocación elegí...”.

“- Al menos tienes experiencia, yo apenas tengo horas de vuelo en aviones ligeros. Pero no puedo esperar a que termine el entrenamiento y subirme a una de esas máquinas”.

La habitación era modesta y pequeña, pero nada tenía que envidiarle a la pensión con la cual había logrado la independencia familiar en Montevideo. Hacía horas que intentaba conciliar el sueño, sin suerte. El entusiasmo por comenzar con su adiestramiento podía más.

Un silbido agudo rasgó el aire, y lo puso en alerta. Inmediatamente, una explosión sacudió las paredes, ubicándolo a un lado de la cama sobre sus dos miembros inferiores en un santiamén.

Julio abrió la puerta de la habitación, y la confusión se propagaba por los pasillos. Al fondo, observó a Roberto, quien se colocaba su traje sobre el pijama. Si iban a morir, debían hacerlo con estilo, pensó Julio.

Corrió hasta donde se hallaba su nuevo compadre. “- Roberto, tenemos que llevar a esta gente al subsuelo del edificio. Es la forma más segura de protegerlos”, afirmó.

No sin dificultad, lograron imponerse al griterío desordenado e identificarse con el resto como integrantes de la legión extranjera. En

pocos minutos, la totalidad de los huéspedes se ubicaban a salvo en el sótano.

Los estruendos se repitieron durante toda la noche. La estructura tiritaba intermitentemente. El polvillo de la añeja construcción caía sobre las cabezas de los civiles, temerosos de como concluiría aquella improvisada velada.

El día comenzaba a esclarecer, y las detonaciones dejaron de advertirse. Los nóveles soldados ascendieron por las escalinatas hacia la planta baja, y con cautela realizaron una reconocimiento del lugar.

“- Linda bienvenida nos han dado estos alemanes”, concluyó Roberto.

Julio continuó inspeccionando los ambientes, y no identificó señales de que hubiera intrusos a los que hacer frente. “- Volvamos por los demás. El espectáculo ha finalizado, por ahora”.

Las siguientes semanas a su desembarco en tierras británicas lo encontraron realizando tareas que nunca hubiera imaginado. Los continuos ataques a la capital inglesa requirieron trabajos de remoción de escombros y búsqueda de desaparecidos.

Roberto se había despedido para comenzar su asignación a bordo de uno de los aviones caza. Julio aún tenía por delante una preparación intensa, hasta que le permitieran pilotear una de las aeronaves en combate.

Los cuerpos se propagaban bajo los restos de las construcciones derribadas. Su traslado hasta los puestos que había instalado el gobierno era completamente improvisado, a la vista de los habitantes londinenses.

El fin de su turno se aproximaba, y se dejó caer sobre una pequeña banqueta de madera, ubicada dentro de la gran carpa. De su abrigo, extrajo una de las últimas hojillas que había traído desde el sur, y un poco de tabaco. Armó con paciencia el cigarrillo, y cuando se dispuso a encenderlo notó que no tenía cerillas.

“- Puede usar la linterna, sino la rompe”, ofreció la enfermera desde el extremo opuesto del ambiente. Su inglés aún era precario, pero interpretó que lo correcto era acercarse.

Julio avanzó hasta donde la joven, y antes que tuviera que resolver de qué manera interactuar, la enfermera le acercó el lumbré. Julio aspiró un par de veces, y el cigarro comenzó a expulsar humo lentamente.

“- Muchas gracias, señorita”, agradeció en un correcto anglo. “- Mi nombre es Julio”.

“- Mucho gusto, soy Joy”. La enfermera se sonrió, y lo deslumbró con su simpatía. “- ¿De dónde eres?”.

Julio la contempló, confundido.

“- ¿España, Argentina?”, agregó Joy.

“- Uruguay”.

“- Uruguay, sé dónde es eso”.

“- ¿Tomarías un café?”, preguntó Julio. Al momento, el curso intensivo impartido por Roberto cumplía su función.

“- Claro, si esperas a que termine mi turno”. Observó el semblante de Julio, y complementó su respuesta. “- Sí, sí”.

El combustible del caza prácticamente se agotaba. Julio realizó las últimas maniobras, y culminó con un aterrizaje impecable. Descendió de la cabina, y su instructor terminaba de completar la planilla.

“- Felicitaciones, Méndez. Ha completado el curso con éxito. Ahora, aproveche a descansar. En dos días partirá en su primera misión”.

Julio saludó llevando la mano izquierda a la sien, y se retiró hacia el hangar. Recogió sus pertenencias del casillero, y se apresuró hacia el área de acceso del aeródromo.

Apenas se aproximó a la acera, detuvo al primer taxi que se le presentó por la vía. “- Chalcot Square 405, por favor”. Joy lo esperaba en casa de sus padres para la cena de celebración, y no veía la hora de llegar.

El trayecto se le hizo breve. Faltaban apenas unas cuadras para llegar a destino, pero el taxi detuvo su marcha.

“- ¿Todo bien?”, consultó Julio.

“- Lo siento, no podemos avanzar. Hay una valla policial más adelante”.

Julio descendió del coche, y comenzó a caminar hacia la cerca.

“- Lo siento, no puede pasar. Los bomberos están trabajando en la zona, junto con los equipos de rescate”, informó el policía apostado detrás del

vallado.

“- Legión extranjera”, contestó Julio enseñando su identificación.

El uniformado le abrió paso, y Julio corrió desesperadamente hacia la torre de humo que divisaba al frente. Cuando llegó a la esquina de la residencia de Joy, la manzana había desaparecido casi por completo.

Julio se detuvo abruptamente, y la fuerza de sus piernas lo abandonó. De rodillas en el suelo, elevó la mirada hacia el cielo y profirió un grito ensordecedor, que distrajo a todos los presentes de sus tareas.

Su primera campaña lo destinó al centro-este del África. Gabón lo aguardaba con temperaturas cercanas a los cincuenta grados. El calor lejos estaba de inquietarlo. Todo lo que deseaba era subirse a un avión de combate y rendir cuentas con el Eje.

Las primeras misiones fueron sumamente exitosas. Se sentía muy comfortable con la aeronave asignada, y a pesar de su nula experiencia en el campo de batalla, se destacaba una y otra vez entre los integrantes de su destacamento.

Las cartas a su familia eran sucintas, pero demostraban su supervivencia y les daban esperanzas de que algún día volverían a reunirse.

La noche que el Coronel solicitó dos voluntarios para una arremetida nocturna, no dudó en dar un paso al frente. Disponer únicamente de combustible suficiente para cubrir el viaje de ida, representaba prácticamente el suicidio. El Coronel agradeció su valentía, y a continuación procedió a impartirle las instrucciones.

El ataque se concretó según lo estipulado. Lo mismo sucedía con el vaciamiento del tanque de combustible. Julio aterrizó sobre las heladas arenas del desierto, y la soledad de la noche lo cubrió por completo. Al egresar del habitáculo, tomó sus contadas pertenencias y comenzó el periplo hacia la civilización.

Lo que menos sintió el Coronel cuando lo vio ingresar a la base casi dos semanas después, fue sorpresa. La forma en que le colgaba su uniforme denotaba desnutrición. Julio daba cada paso con un esfuerzo formidable, y los demás soldados se decidieron a auxiliarlo.

“- Méndez, no sé cómo lo hizo, pero sabía que lo vería nuevamente. El acto de arrojo que ha tenido será condecorado. Su paso por el continente africano ha sido efímero, pero digno de ser recordado. Será transferido a

otras misiones en Europa, apenas logre recuperarse”.

La campaña en el Congo fue sucedida por triunfantes cruzadas en Italia y Francia. Su reputación se agigantaba con cada vuelo. El momento de irrumpir en el escenario principal había llegado: integraría el comando designado para la liberación de guetos y campos de concentración en Alemania y Polonia.

La guerra comenzaba a dejar secuelas no solamente emocionales, sino también físicas. La fiebre amarilla lo había enfrentado con la muerte durante su estancia en África; en tanto, el combate en La Spezia en Italia, le profería heridas que comenzaban a hacer mella en su salud.

Sin embargo, su vocación era más firme que nunca con la causa. El avance nazi comenzaba a ceder en todos los frentes, y por primera vez desde el comienzo del conflicto las fuerzas aliadas veían una luz al final del túnel.

Julio conversaba con el mecánico en la pista, y mostraba su disconformidad con el avión que le era asignado para la siguiente misión. “- Uruguayo, seguís rezongando igual que siempre. No cambiás más”. Miró sobre el hombro del mecánico, y vio a Roberto que se aproximaba hacia ellos, apoyado en un par de muletas.

Se fundieron en un abrazo, y comenzaron a reír como hacía tiempo no lo hacían. “- Roberto, no puedo creerlo. No te imaginas la alegría que me da ver una cara conocida. ¿Qué te pasó?”.

“- Un rasguño. Nada que preocuparse. Veo que te estás preparando para volar de nuevo. Saliste terco nomás, eh”.

“- Hasta que me derriben, o me digan que no me precisan más”, contestó Julio.

CAPÍTULO 2

Enrico colgó el teléfono, y se volvió hacia sus compañeros. “- No saben dónde está, no dejó ningún número de contacto ni dirección para ubicarlo”. Leo y Edward se llevaron una mano a la frente en simultáneo.

“- ¿Qué se supone que haremos entonces? Precisamos su firma en esa carta para convencer al presidente”, argumentó Leo. Los científicos

húngaros habían hecho un notable esfuerzo por recabar el involucramiento de prestigiosos actores del mundo educativo y científico en la misiva, pero la estampa que acechaban en este momento era considerada fundamental para que su empresa tuviera éxito.

“- Tendremos que ir a buscarlo”, respondió Enrico.

“- Será como buscar una aguja en un pajar”, sostuvo Edward. “- Long Island es inmenso, podríamos pasar semanas intentando dar con él”.

“- No tenemos opción”, concluyó Enrico. “- Preparen sus maletas, mañana partimos”.

La primer semana de búsqueda resultaba totalmente infructuosa. Enrico revolvía su cena con el tenedor y no probaba bocado.

“- Ánimo Enrico, ya daremos con él. Tiene que estar en alguna parte”, comentó Leo.

“- Sino lo ubicamos pronto, deberemos regresar a Washington con lo que tenemos”, se lamentó Enrico.

El último día de la pesquisa se completaba con los mismos resultados. “- Enrico, debemos partir a la estación. De regreso pensaremos en algo”, dijo Leo. Enrico se negaba a volver con las manos vacías. Le entregó su maleta a Edward, y realizó una última recorrida por la playa.

Se quitó los zapatos y medias, y comenzó a caminar por las finas arenas por enésima vez. Se detuvo frente a cada transeúnte que cruzaba, pero sin suerte.

El balón lo impactó en la espalda, y como acto reflejo se echó cuerpo a tierra. “- Disculpe, señor. Ha sido sin querer”. El niño que pedía las disculpas no tenía más de ocho o nueve años, y se disponía a recoger nuevamente el balón y seguir practicando sus acrobacias.

“- Oye, ¿no has visto a este señor por aquí de casualidad?”, le preguntó mostrándole la foto que llevaba en su mano.

“- ¡Es el científico loco! Hace días que lo cruza por aquí. Muy simpático, pero pésimo jugador de fútbol americano”.

Los ojos de Enrico comenzaron a brillar. “- ¿Y dónde lo puedo encontrar?”.

“- No lo sé, solamente lo encuentro cuando hace sus caminatas por la playa. Hace unos minutos estuvo por aquí, quizás lo alcance más adelante”, dijo el pequeño.

Enrico agradeció, y salió disparado como un bólido.

Los caminantes que encontró más adelante ratificaron la versión del niño.

“- Búsquelo en el restaurante que está en el siguiente muelle, suele almorzar allí diariamente”. Unas cuadras después, Enrico ingresaba al lugar y buscaba con desespero la alborotada cabellera blanca. Lo encontró sentado solo, en una mesa en el fondo del salón.

“- Profesor, disculpe que lo moleste en su descanso”, comenzó Enrico.

El cano hombre lo miró con desinterés. “- Disculpe, creo que no lo conozco”.

“- Mi nombre es Enrico Fermi, soy científico y trabajo para la universidad de Columbia”.

“- Tome asiento”.

“- Profesor, tenemos razones para pensar que el Eje está ensayando un proyectil nuclear. Junto con otros colegas estamos elaborando un documento que será entregado al Presidente, y creemos que contar con su firma en el mismo le dará una credibilidad que no podrá ser obviada”. Enrico extrajo el legajo del portafolio, y lo apoyó sobre la mesa.

El bigotudo anciano lo tomó entre sus manos, y comenzó a ojearlo mientras intercalaba miradas con su visitante. “- Lo que están planteando puede no solo cambiar el curso de esta guerra, sino de la historia de la humanidad”, sentenció.

“- Lo sabemos; pero quien pegue primero, será quien ponga las condiciones al otro bando”, contestó Enrico. Sacó un bolígrafo del bolsillo del maletín, y lo ofreció con firmeza.

“- Imagino el esfuerzo que realizó para venir hasta aquí y encontrarme. Me gusta pasar desapercibido cuando no estoy trabajando”.

“- No se imagina”, respondió Enrico.

El frágil hombrecito retiró el capuchón de la lapicera, y agregó su firma a la nota.

“- Muchas gracias, Profesor; mis colegas y yo se lo agradecemos profundamente”.

“- Albert está bien, dejemos los formalismos”, replicó.

El trío llegaba a la capital de la nación sin escalas desde Long Island. Alexander los aguardaba con su vehículo en la salida del aeropuerto.

“- Enrico, Leo, Edward; ¿cómo estuvo su vuelo?”.

“- Alexander, qué gusto verte. Muchas gracias por tomarte la molestia de venir hasta aquí”, respondió Leo.

“- Faltaba más. Han realizado un estupendo trabajo consiguiendo la firma del Profesor Einstein. Es nuestra carta ganadora para convencer al Presidente del Proyecto Manhattan”.

“- Esperemos que así sea. ¿Cuándo te reunirás con él?”, consultó Edward.

“- Hoy por la tarde. Ahora, vengan conmigo. Son mis invitados. Nos espera una barbacoa en casa”.

Alexander aguardaba en la sala de espera de la Casa Blanca, impaciente. Ya casi no contaba con uñas para morder. La secretaria del Presidente lo observaba desde su escritorio, y se contagiaba de su ansiedad. “- Señor, tenga paciencia. El Presidente ya estará con usted”. Se dirigió a la cocina, sirvió una taza de café, y la ofrendó a Alexander.

“- Muchas gracias, señorita”. Colocó la maleta a un lado, y sorbió lentamente la cálida infusión.

La puerta del Salón Oval se abrió súbitamente. “- Alexander, puedes pasar”, demandó desde el interior el Presidente. Su Secretario de Estado hacía las veces de portero, y aguardaba a Alexander en el umbral de la entrada.

“- Cordell, un gusto volver a verte”, saludó Alexander.

“- Alex, viejo amigo. Espero que traigas buenas noticias”. Alexander ingresó a la sala, sin responder.

El Presidente Roosevelt aguardaba sentado en el sofá. Alexander verificó que ni una silla de ruedas ni un par de muletas se encontraban a su alcance. En la recámara del Presidente, no se podían demostrar signos de

debilidad, pensó.

“- Alex, he suspendido el resto de mis reuniones de hoy para hacerte lugar. ¿Qué es eso tan relevante que no podía aguardar?”, preguntó el Presidente.

“- Frank, tengo aquí un documento firmado por las mentes más prestigiosas de nuestra era. En él, peticionan que apruebes un proyecto para el estudio y desarrollo de armamento nuclear”. La voz de Alexander no tuvo la potencia que de costumbre. El encargo que le había sido encomendado no era cabildeo recurrente.

El Presidente ojeó el material, y lo colocó sobre la mesa. “- Alex, no puedo comprometerme a esto aún. Lo mejor que puedo hacer es nombrar una comisión para que investigue el tema, y lo eleve a la Sociedad de Naciones”.

Alexander sentía que había perdido una oportunidad inmejorable. Miró a Cordell, y en su rostro confirmó su sospecha. “- Presidente, le agradezco mucho su tiempo”. Saludo a los dos hombres, y se retiró del salón.

Comenzaba a enfilar por el pasillo, cuando la secretaria lo detuvo a mitad de camino. “- Acompáñeme”, indicó haciendo señas con su mano derecha.

Se desviaron hacia un pequeño cuarto, y la secretaria cerró la puerta. “- ¿Cómo resultó la reunión?”, preguntó haciendo contacto visual.

Alexander, sorprendido por el arrojo de la mujer, trastabilló mientras retrocedía un par de pasos. “- No muy bien. Creo que no va a considerar la propuesta que le hemos traído”.

“- ¿Qué tan importante es para usted el asunto que tienen entre manos?”, consultó.

Alexander parpadeó, y sintió que le faltaba el aire. “- Importante como para intentar lo que este a mi alcance para convencerlo”.

“- Vuelva mañana; me aseguraré de que tenga un lugar en su agenda antes del desayuno. Serán cinco minutos, es lo mejor que puedo hacer”, ofreció la secretaria.

Alexander regresaba a la recepción del Salón Oval, y la secretaria lo esperaba con la puerta abierta. “- Adelante, el Presidente lo está

esperando”.

Esta vez, el Presidente lo aguardaba sentado en su escritorio. “- Alex, si hay algo que debo reconocerte es tu tesón. Marguerite, por favor; déjenos solos”.

“- Por supuesto”, contestó mientras se retiraba.

“- Alex, ¿es esto lo que creo que es? ¿Me están diciendo que sino apruebo esto, el Eje nos hará volar por los aires con una bomba nuclear?”.

Alexander aspiró profundamente, y soltó el aire poco a poco. “- Franklin, te hablo como amigo cuando digo que nuestro destino está en tus manos”.

CAPÍTULO 3

La joven conductora aparcó el camión junto al resto de la flota. Apagó el contacto, y el temblequeo del vehículo se desvaneció progresivamente.

“- No ha quedado bien”, lamentó Isabel.

“- Qué dices, funciona perfecto”, argumentó su compañero.

Se dirigió al frente, y levantó el capó. Tomó la llave inglesa de su cinturón, y comenzó a desarmar una vez más el motor. La faena terminó demandando varias horas, pero finalmente conseguía dar con el problema, logrando que el molesto ruido de la máquina amainara.

Isabel se dirigió a los vestidores, y notó en la ranura de la puerta de su casillero nueva correspondencia. La tomó entre sus manos, y se dispuso a abrirla.

Su padre se había esmerado esta vez. La nota constaba de tres hojas. Se preguntó si finalmente habría superado la situación, y que su primogénita hubiera decidido alistarse en el ejército y estar en expuesta en el frente de batalla.

Decidió que dejaría la lectura para más adelante. Prontamente, dejó su uniforme sobre la banca, se envolvió en una toalla y rumbeó hacia los ducheros.

Sus compañeras la aguardaban fuera, prontas para aprovechar el franco. El lugar de reunión de las voluntarias era una pequeña taberna a pocas cuadras de la base. Isabel se apresuró a acomodar sus pertenencias, y se precipitó hacia la salida.

La colisión con Julio, si bien no violenta, fue suficiente para depositar al experimentado piloto en el suelo.

"- ¡Discúlpeme, lo siento mucho!, se apuró a decir Isabel. Las risas cómplices de sus compañeras comenzaron a sentirse en el fondo.

"- No se preocupe", respondió Julio, aún aturdido. Isabel le ofreció su mano, y cinchó con fuerza para ponerlo nuevamente de pie.

"- Tan temerario arriba del avión, y tan frágil en tierra firme", reflexionó Roberto mientras se les unía maniobrando las muletas. "- Disculpe, señorita. Está nervioso por su próxima asignación", explicó en un perfecto inglés.

"- Roberto, no empieces", dijo Julio.

"- Fuiste tú el que inició esto, no yo", respondió.

Una de las colegas de Isabel se aproximó, e interrumpió el intercambio. "- Su Alteza, ¿está todo en orden?".

Roberto abrió los ojos de par en par.

"- ¿Perdón?".

"- Isabel es la Princesa sucesora al trono del Rey Jorge", explicó.

Julio y Roberto se miraron atónitos. Inmediatamente, se pusieron de rodillas. "- Nuestras más sinceras disculpas, su Alteza", dijo Roberto.

Isabel se sonrió, y les indicó que podían incorporarse. "- Descuiden, aquí soy una mecánica de camiones. Su inglés es muy fluido; ¿desde dónde han venido para ayudarnos en esta guerra?".

"- América del Sur, Princesa", indicó Julio.

"- En nombre del Reino de Inglaterra, les estoy profundamente agradecida por su apoyo. ¿Cuál es su próxima misión, si es que puedo preguntar?".

"- Hay un campo de concentración en Treblinka. La información que hemos recibido dice que están comenzando a ejecutar prisioneros, y a

experimentar con los que mantienen con vida”, respondió Julio.

“- Por Dios; ¡algo debe hacerse, pero ya!”.

“- Efectivamente, su Alteza. Al alba partiremos a realizar un vuelo exploratorio. El objetivo es ocupar el centro de detención cuanto antes”.

“- Mucha suerte, soldado”, auguró Isabel.

CAPÍTULO 4

El encargado del campo terminaba su exposición, y sus superiores se mostraban sumamente satisfechos.

“- Capitán Rommel, el general Jodl lamenta no poder estar aquí, pero la agradece su esfuerzo y dedicación para la puesta en marcha del centro de detención aquí en Treblinka”.

“- Muchas gracias, coronel”.

“- Lamentamos no poder prolongar nuestra visita, pero debemos partir ahora y resolver algunos asuntos en Varsovia. El levantamiento en el gueto está demandando más tiempo del que imaginábamos”.

“- Totalmente comprensible”. El capitán Rommel los escoltó hasta el exterior del edificio. A la intemperie, una inesperada neblina los depositaba entre tinieblas.

“- Estaremos atentos a las novedades, capitán. Las cámaras deben estar operativas la próxima semana. Y de un momento a otro, debiera producirse el arribo del doctor”, indicó el coronel.

“- Descuide, lo mantendré informado de absolutamente todos los detalles”.

El transporte se aproximó hacia la comitiva, y el capitán se adelantó a abrir la puerta. Saludó uno por uno a los visitantes, y volvió a sellar el vehículo.

El científico lo sorprendió adelantando su llegada un par de días. “- Estimado doctor, qué gusto tenerlo ya con nosotros. Espero que su viaje haya sido placentero”. Estrechó su mano, protegida por un desgastado

guante de cuero.

“- Capitán, el gusto es mío. El resto de mi equipo se nos unirá pasado mañana, pero preferí adelantarme y verificar que todo estuviera en óptimas condiciones”, explicó.

“- Nuestros recursos están a su entera disposición para lo que precise”.

“- Muy agradecido. Quizás si pudiera asignarme a una ayudante hasta entonces, pondré manos a la obra inmediatamente”, agregó el médico.

“- Me aseguraré de que así sea, doctor”.

“- Con su permiso, me retiraré a acomodar mi equipaje, capitán”.

Helga golpeó la puerta dos veces, tal cual le fue indicado por su superior.

“- Adelante”, dijo la voz que se encontraba del otro lado.

El consultorio era frío y completamente albo. “- Buenas tardes, doctor. Helga Amann, a su servicio”.

“- Qué tal, señorita Amann. Deme un minuto, mientras termino de acomodar mi instrumental”. Sobre la mesa, variadas herramientas que no recordaba haber visto en su vida se desplegaban en perfecta armonía.

Aguardó a la distancia, sin hacer contacto visual. Inspeccionó el escritorio con la mirada, en busca de más información que pudiera serle de utilidad. Sobre la silla, descansaba un portafolio de cuero marrón, con las iniciales “J.M.”.

El científico culminó su clasificación, y la alcanzó al otro lado de la habitación. “- Señorita Amman, preciso que prepare una lista de todas las mujeres y niños que se encuentran en el pabellón número uno. Comenzaremos nuestra investigación mañana a primera hora”, explicó.

“- Por supuesto, doctor. Si me permite, me retiraré hasta la oficina de registro para conseguir la información y comenzar con la tarea”, se excusó Helga.

“- Adelante”, respondió el médico.

Abandonó el consultorio, y se dirigió al edificio donde residían las funcionarias del centro. Buscó la llave en su bolsillo, y procedió a abrir la

puerta. Aseguró el cerrojo por dentro, y corrió las cortinas de la ventana.

Se hincó de rodillas al costado de la cama, y con su mano izquierda buscó el pequeño aparato que sujetaba con un par de ligas. Levantó la tapa, encendió la batería y comenzó a tipear el mensaje cifrado.

El curso de criptografía había sido intensivo y, aunque lejos estaba de ser una experta, tenía dominio suficiente del instrumento para hacerse entender por el Mayor. Aguardó respuesta durante unos minutos, y finalmente las directivas comenzaban a llegarle desde fuera del campo.

Helga se concentró en entender las instrucciones, sin margen a cometer errores. Releía el mensaje por tercera vez, cuando el llamado a su puerta la sacó de su trance.

Aprisa, apagó el dispositivo y volvió a colocarlo en su escondite. Se puso de pie, y se acercó a la puerta, relajando su respiración previamente.

“¿Quién es?”, preguntó.

“- Soy yo, Marian”, contestaron del otro lado.

Helga abrió una pequeña rendija. “- Disculpa, me estaba cambiando”, se excusó.

“- No te preocupes. Quería preguntarte si querías acompañarme a casa de mis padres el próximo franco. Les he hablado de ti y no pueden esperar a conocerte”, dijo.

“- Seguro, me encantaría”. El vínculo con Marian no había sido de utilidad alguna hasta el momento, pero no podía descartar ninguna fuente. “- ¿Estás segura de que no será una molestia?”.

“- En lo absoluto. ¡ Te encantará la comida de mi madre! Es mucho mejor de lo que nos sirven aquí; sin desmerecer a los cocineros del centro”.

“- También ansío que llegue el momento”, contestó Helga.

“- ¿Nos vemos en la cena entonces?”.

“- Claro; ahora, si me disculpas, tengo que volver con el doctor”, se disculpó Helga.

“- Hasta luego, amiga”.

Helga volvió a pasar llave, tomó el artefacto y volvió a encenderlo. El mensaje del Mayor se terminó por completar. Si todo resultaba como lo estaban planeando, saldría del centro para su último descanso, y no

volvería a ingresar nunca jamás.

PARTE III

CAPÍTULO 1

Hacía mucho que no sucedía. Viktor volvía a soñar desde no recordaba cuándo. La fantasía lo depositó nuevamente en su querida Leipzig. Visualizó su consultorio, y tras la puerta de vidrio divisaba a su secretaria, y a los pacientes en la sala de espera.

Se decidió por abrir la puerta. En los asientos aguardaban el rabino Jan, su esposa Eita, y sus amigos del gueto Ludwig y Kurt. Se extrañó de verlos a todos allí, dado que eran originarios de Varsovia. Los saludó alzando su mano izquierda, e indicó a su secretaria que hiciera pasar a la siguiente cita.

Primeramente, ingresó el matrimonio. El rabino Jan mostraba un aspecto sensiblemente desmejorado. Su esposa lo asistía en todo momento, y lo colocó sobre la camilla con cuidado.

"- Rabino Jan, dígame que puedo hacer por usted", comenzó Viktor con la incertidumbre de si efectivamente estaba o no soñando.

"- Viktor, ¿has podido remendar mis zapatos?", preguntó angustiado.

"- ¿Zapatos? No lo comprendo, rabino".

"- Los preciso para la celebración de nuestro aniversario", explicó el rabino.

"- Será una buena excusa para celebrar también el fin de la guerra", agregó Eita.

Viktor se sentía cada vez más desconcertado. "- Mis herramientas... están en la fábrica, no las tengo aquí conmigo", alcanzó a justificar.

"- Vaya, que contrariedad. Creo que compraré unos nuevos entonces", respondió el rabino.

"- Los esperamos a ti, a Frida y a la pequeña, prepararé mi especialidad", aseguró Eita.

"- ... Haremos lo posible por asistir", contestó Viktor con diplomacia.

"- Perfecto. Ahora, nos marchamos. Que tenga un buen día, doctor", saludó el rabino Jan, mientras se ponía de pie por sus propios medios y avanzaba hacia la puerta. En esos breves minutos, parecía haber rejuvenecido casi veinte años.

A continuación, ingresó al consultorio su viejo amigo Ludwig. "- Viktor, qué elegancia con esa túnica". Tomó asiento en la silla del escritorio, y apoyó ambos pies sobre la mesa.

"- Ludwig... pensé que nunca más volvería a verte. ¿Dónde has estado? ¿Cómo lograste escapar?"

"- Sigo prisionero, Viktor. Fugarse de ese sitio es algo imposible. Soy un producto de tu imaginación, nada más".

Viktor se refregó los ojos, y enfocó hacia donde estaba Ludwig. "- Pero estás aquí, conmigo".

"- No tiene importancia. Quería volver a agradecerte todo lo que hiciste por Nikolai. Lamento no tener nada para obsequiarte en este momento, como comprenderás la vida en el centro de detención no es justamente una fuente de abundancia". Se incorporó, saludó a Viktor con un fuerte apretón de manos y salió por la entrada.

Kurt ingresó por último. "- Doctor, es hora de despertar. Aún no terminamos de cavar los túneles y en cualquier momento se iniciará el ataque".

"- ¿Ataque? ¿De qué hablas?"

Una delicada mano lo llamó por las espaldas. Se volvió de repente, para encontrarse cara a cara con Frida una vez más. "- Viktor, debes salvarnos. No nos queda mucho tiempo..."

"- ¡Frida! ¡Están bien! ¡Dime dónde están!"

"- Viktor...", la figura de su esposa comenzaba a desvanecerse, mientras que a la distancia percibía la risa de su pequeña Elsa.

"- ¡Elsa! ¡Hija mía, por favor!"

Despertó agitado, y con el sudor cubriéndole el cuerpo por completo. Sentado en la mesa, a la luz de la vela, Kurt lo contemplaba con un

sosiego que simplemente era digno de admiración.

“- Has tenido una pesadilla”, dijo Kurt.

“- Algo así”, respondió Viktor. “- He visto a Frida y Elsa, aún están con vida”.

“- Es posible”, respondió Kurt. “- Pero no por mucho tiempo. Tenemos que hacer algo para salir de aquí. Y pronto. Al amanecer reuniremos al equipo, y terminaremos los preparativos. Nuestras provisiones escasean cada vez más, nuestros contrabandistas consiguen ingresar cada vez menos cosas del exterior en sus excursiones fuera de los muros”.

“- ¿Piensas que tenemos posibilidad de salir de ésta?”, preguntó Viktor con esperanza.

“- No lo sé, no nos queda otra alternativa que averiguarlo”.

“- ¡Capitán, capitán! Lo han confirmado. El ejército alemán iniciará el ataque al gueto durante la noche del Pésaj”.

El capitán Iwánski interrumpió su escritura, y levantó la vista. “- Eso no nos da mucho tiempo. Debemos volver a intentarlo. Tenemos que lograr ingresar, y darles toda la ayuda que sea posible”.

El soldado lo contempló confundido. “- Pero capitán, ya hemos probado de diferentes formas. No es posible penetrar el cerco del Eje”.

Se puso de pie, y apoyó las manos sobre el escritorio. “- Si estuviera del otro lado de la muralla, ¿pensaría lo mismo?”, desafió.

El soldado demostró deshonor en su rostro. “- Disculpe, capitán”.

“- Reúna una brigada cuanto antes. Yo mismo la lideraré. Si hay alguna forma de cruzar al otro lado, lo encontraremos. Cueste lo que cueste”.

La cuadrilla avanzaba por las calles de Varsovia en la penumbra. Divisaron al puesto de control nazi, y el capitán dio la indicación de reducirlos. Concentrados en controlar lo que sucedía dentro del sitio, no vislumbraron una arremetida desde fuera del mismo.

“- Capitán, hemos controlado al enemigo. Aguardamos órdenes para

proseguir”.

Acomodó su casco, y dio a afirmativa. “- Avancen, debemos encontrar alguna grieta en ese muro que podamos utilizar”.

Examinaron la pared metro a metro, hasta definir el lugar idóneo. “- Capitán, haremos un boquete en esta abertura. Deberíamos alcanzar el otro lado de aquí a poco”.

Los responsables de ampliar la hendidura pusieron manos a la obra. El trabajo debía realizarse con precisión quirúrgica. Alertar a los demás puestos no estaba dentro de las opciones.

Los últimos escombros terminaron de ceder. “- Capitán, lo hemos conseguido”. El capitán Iwánski se apresuró al frente del escuadrón. “- Iré primero”, indicó.

Encendió su linterna, y revólver en mano comenzó a ingresar por la abertura. Del otro lado, la resistencia lo recibía a punta de los escasos fusiles con los que disponían.

“- Suelte el arma, e identifíquese”, ordenó Kurt.

Apoyó la pistola en el suelo, y levantó las manos. “- Mi nombre es Henryk Iwánski, soy el capitán del Ejército Territorial. Hemos venido a auxiliarlos; los alemanes atacarán mañana por la noche”.

Kurt observó a sus compañeros, y se volvió al capitán. “- ¿Cómo sé que no es uno de ellos, tendiéndonos una trampa?”. Dio dos pasos hacia adelante, y enfocó la mira en su objetivo.

“- Si fuéramos el ejército alemán, entraríamos por la puerta grande y arrasariamos con ustedes en un santiamén”.

La resistencia atendió las noticias que impartía el capitán. Los rostros de desazón se propagaron entre los presentes.

“- ¿Hay forma de contar con el apoyo de los Aliados?”, indagó Viktor.

“- Me temo que no, estamos solos en esto”, respondió el capitán. “- Procuraremos ayudarlos a sacar de aquí a todas las mujeres y niños que sea posible antes del amanecer. El resto, debemos alistarnos para la batalla”.

Viktor sintió la desesperación recorriéndole el cuerpo. La derrota era inminente. Sin embargo, ¿qué podía hacer? ¿Intentar una huida cobarde y

abandonar a los demás a su suerte? El reencuentro con su familia se le hacía cada vez más lejano.

El capitán limpiaba su arma sobre la mesa, mientras Kurt amarraba un pedazo de metal al frente de su carabina. Su familia había logrado marcharse durante la madrugada, a pesar de las protestas de Sarah para que la familia partiera unida.

Viktor, recostado en la litera, intentaba sin éxito conciliar el sueño al menos por un rato. Las imágenes de Frida y Elsa se proyectaban en su mente una tras de otra, a gran velocidad. Su desatención de lo que se aproximaba en las siguientes horas pasaba inadvertida para los demás.

"- Capitán, quisiera agradecerle en nombre de la resistencia el acto de valentía que han tenido en acompañarnos el día de hoy", dijo Kurt.

El capitán aceptó la gratitud de Kurt, y terminó de armar el revólver. "- La forma en la que se enfrentaron a nuestros enemigos y han tolerado el aislamiento, ha sido motivo de orgullo para los nuestros y una inspiración para dar combate. Incluso en algunos campos de detención los prisioneros han comenzado a sublevarse, a costa de perder la vida. Pero el Eje ha recibido el mensaje de que no seremos indiferentes a lo que está sucediendo, no más".

"- Viktor, te prometo que saldremos de aquí y encontraremos a tu familia", aseguró Kurt.

Desde el camastro, Viktor lo miró a los ojos, pero no respondió.

El panzer avanzó lentamente hasta el portón del gueto, y su cañón se posicionó para abrir fuego. El estallido deshizo en pedazos la verja, y los soldados comenzaron a adentrarse en la pequeña ciudad.

Los reflectores intentaban compensar la oscuridad absoluta. Las angostas calles permanecían desiertas. Los invasores avanzaban con cautela, conscientes de que sus oponentes habían planificado su ataque, y aguardaban en sus escondites el momento propicio para la contraofensiva.

El General Stroop dirigía el operativo detrás de los tanques. La desarticulación de la resistencia se había dilatado en demasía, y sus instrucciones eran demoler el lugar hasta el último ladrillo.

Uno de sus subalternos se aproximó al todo terreno, y solicitó detuviera la marcha. “- General, es como buscar una aguja en un pajar. Deben haber preparado trincheras y refugios subterráneos, anticipando el ataque”.

El General abrió la puerta, y descendió del vehículo. “- Entonces, agilizaremos el proceso. Indiquen a los tanques que comiencen los bombardeos, hay que incendiar el lugar. Y cuando abandonen sus escondrijos, ejecútenlos al instante”.

Las explosiones comenzaban a sacudir las precarias paredes, y los cascotes comenzaban a caer sobre sus cabezas.

“- Kurt, no resistiremos mucho más. Tenemos que salir”, advirtió Viktor.

“- Debemos aguardar la directiva del capitán”, contestó.

La agitación en su pecho se avivaba con cada estruendo.

Las mujeres y niños que no habían conseguido abandonar el gueto, ocupaban los escondites más refugiados. Sin embargo, los roedores también se ponían a resguardo del ataque, y el pánico que invadió a sus ocupantes se tradujo en gritos que comenzaban a alterar a los atacantes de su posición.

“- ¡Señores, debemos salir a la superficie! ¡Llego el momento, a por esos malditos!”, exclamó el capitán.

El pelotón comenzó a abandonar el recinto con paso acelerado, pero Viktor comenzaba a rezagarse. “- Viktor, ¿qué sucede?! ¡Tenemos que ir con los demás!”, ordenó Kurt.

Viktor, que sentía que su ropa pesaba como el plomo, comenzó a dirigirse hacia la salida. Había llegado la hora de la verdad. Pensó por última vez su esposa y en su pequeña.

Las municiones de los invasores invadían las calles. La opacidad del gueto solamente lo permitía guiarse por la proximidad o lejanía de las ráfagas. Decidió ponerse a resguardo bajo las escaleras de su edificio, tropezando durante el trayecto una y otra vez con los cuerpos de sus compañeros. Se ponía de pie nuevamente, cuando uno de los proyectiles lo alcanzó en el brazo derecho.

Logró recostarse contra la pared, inundando por el dolor del impacto. Al frente, notó la abertura que había hecho la brigada del capitán Iwánski. La

salida del infierno se presentaba frente a sus ojos.

“- Viktor, no lo hagas”, mandó la voz de Kurt, que se confundía con el bullicio de las municiones.

“- Kurt...”.

El blindado se asomó por la esquina, derribando los muros que encontraba a su paso. Los soldados invasores comenzaron a ladearlo, apuntando sus rifles hacia los camaradas del gueto.

“- ¡Debemos irnos, ahora!”, clamó Viktor. Rodeó la herida con la mano opuesta, y corrió hacia la grieta. El pasaje era por demás ajustado, y los disparos silbaban cada vez más cerca.

La pantorrilla comenzó a arderle en el momento que otra bala se incrustaba en su cuerpo. De rodillas en el suelo, se volvió hacia el interior del gueto, y aguardó a que su destino lo alcanzara.

Una silueta cubrió el hueco de la entrada. “- Viktor, ¡sal de aquí! ¡Busca a tu familia y escapa de todo esto!”. No comprendía porqué Kurt decidía sacrificar su vida por la de quien, hasta hace unos meses, podía considerar como un completo extraño.

Alcanzó el exterior, y la profunda oscuridad lo aguardaba del otro lado. La calle se mostraba desierta, por lo que su precaria condición parecía no poner en riesgo su fuga. Aunque cada paso significaba un esfuerzo sobrenatural, para cuando el sol comenzó a iluminar la ciudad, había dejado detrás el gueto para siempre.

CAPÍTULO 2

Marian terminó de alistar su bolso, y se dispuso a acicalarse. Se sentó en el camastro, tomó el peine de madera, y lentamente comenzó a cepillar su rubia cabellera. El contento que le producía volver a casa de sus padres - aunque fuera solamente por unos días-, contrastaba con las desagradables situaciones que empezaban a reiterarse en el campo. Su inocencia desaparecía poco a poco. Al menos, contar con una amiga como Helga le permitía sobrellevar la creciente incomodidad que le generaba el trabajo.

Alguien llamó a la puerta. “- ¿Quién es?”, preguntó mientras batallaba con las puntas de algunos de sus mechones.

“- Soy yo, Helga. ¿Puedo pasar?”.

“- Claro, adelante”.

La entrada se abrió súbitamente, y volvió a sellarse con prisa. Marian la observó con extrañeza, como si estuviera escapando de algo. “- ¿Todo pronto para partir? No puedo esperar a que conozcas a mi familia. De seguro mi padre te apabullará con sus aburridas historias, pero cuando se retire a descansar podremos continuar la velada hasta la madrugada”.

Helga se acercó hasta ella, y la tomó con energía por los hombros. “- Marian, tenemos algo más importante que hacer hoy. Y preciso que me ayudes”.

Marian agregó confusión a su mirada. “- No comprendo. El transporte parte en menos de una hora...”.

Helga extrajo el pequeño revolver del bolsillo de su abrigo. “- Escúchame, y presta atención, porque no tenemos mucho tiempo. Las dos sabemos que aquí están sucediendo cosas muy extrañas, y que ninguna de las dos aprobamos. Tenemos que hacer algo al respecto”, concluyó.

“- Pero, eso sería traición. ¿Sabes lo que hacen con los insurgentes? Además, mi padre me ha dicho que la causa...”.

“- ¡LA CAUSA ES UNA GRAN FARSA! ¡¿ES QUE TANTO TE CUESTA ENTENDER?!!”. Su ira la hizo levantar el arma ligeramente, y apuntó a Marian en la frente. Notó como las lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas.

Marian mantuvo fijo el contacto visual. No terminaba de aceptar que su amiga la encañonara con una pistola, y le estuviera planteando la posibilidad de conspirar contra su propia nación. “- ¿Y qué pretendes que haga, sea lo que sea que tienes planeado?”.

Helga mantuvo el dedo índice en el gatillo. “- El pabellón de las mujeres y niños. Vamos a sacarlos por el alambrado sur. Una brigada del ejército polaco nos estará esperando. La legión extranjera los apoyará desde el aire, y coordinará junto con el ejército inglés un ataque al campo”.

Los ojos de Marian transmitieron su nerviosismo. “- Es una locura, nunca lo conseguirán. Harán que nos ejecuten a todos”.

“- Es un riesgo que estamos dispuestos a correr. Ahora, vas a

acompañarme con calma. Sabes lo que sucederá si intentas delatarme”.

Marian tomó el cañón del arma con su mano derecha, y lo colocó entre sus ojos. “- Si vas a ejecutarme, hazlo ahora mismo. ¡Vamos! ¡Qué esperas!”.

Había considerado la negativa como probable respuesta, por lo que procedió con la versión del plan en solitario. Golpeó a Marian en la sien con la culata, desmayándola instantáneamente. Buscó las sogas en sus bolsillos, y comenzó a amordazarla y amarrarla de pies y manos.

Ya no recordaba cuántas noches hacía que no descansaba. El terror de que sus carceleros irrumpieran en el dormitorio y arrancaran a Elsa de sus brazos, se materializaba día tras día.

Sus compañeras de cuarto rotaban continuamente. Cuál era el destino final de las salientes le era desconocido, pero los rumores que proliferaban entre las cautivas aseguraban lo peor.

El hecho de haber permanecido intactas, lejos estaba de transmitirle tranquilidad. Era evidente que tenían otros planes para ellas, y no precisamente de su agrado.

Gabrielle, por su parte, orillaba la insania y lejos parecía estar la posibilidad de una recuperación completa.

La lúgubre realidad que las rodeaba solamente se le hacía soportable con el recuerdo de Viktor. A cada instante, lo rememoraba con angustia y añoraba las épocas en las que habían sido felices en Leipzig. Era lo único que lograba mantenerla entera.

El picaporte de la puerta comenzó a girar. A esas horas de la madrugada, solamente podía representar malas noticias. Frida entrecerró los ojos, y atenazó a Elsa con todas sus fuerzas.

El exterior del ambiente parecía tan oscuro como el interior. Una sombra comenzó a ingresar, pero no lograba discernir si la conocía. Por su complexión y estatura, parecía una mujer. La puerta volvió a cerrarse. Entre murmullos, la visitante comenzó a dirigirse a ellas. “- He venido a ofrecerles la libertad. Quienes se atrevan a acompañarme, deberán formar una fila tras de mí. En menos de un minuto, avanzaremos hacia el alambrado del fondo, y saldremos de aquí”.

En la penumbra, las mujeres comenzaron a susurrar, inseguras de cómo proceder. Frida en cambio, no lo dudó y, tomando a Gabrielle de su mano, la arrastró hasta la fila. En su otro brazo, sostenía a Elsa, quien en su

ensueño permanecía ajena a toda la situación.

La hilera se completó aprisa. Las menos permanecieron en sus literas, congeladas por el miedo de ser castigadas y humilladas por sus captores, si el plan no tenía éxito. Helga volvió a dirigirse hacia las nóveles fugitivas. “- Ahora, saldremos hacia la izquierda del pabellón, y marcharemos manteniendo esta formación. El cambio de guardia en el patio interior está ocurriendo en este preciso instante, por lo que debemos irnos ahora mismo”.

A la intemperie, las bajas temperaturas invadían cada poro de sus cuerpos. La adrenalina iba en aumento, y el desabrigo era olvidado con cada paso que las acercaba a la cerca perimetral.

La supervisora de las guardianas del centro llamó a la puerta de la habitación de Helga nuevamente, pero no había respuesta. Desde el andén de salida, le habían hecho notar que tanto ella como Marian no habían tomado el transporte que las sacaría del lugar para tomar el franco. Si habían desistido de su descanso, debían haberlo notificado a ella.

Continuó hasta la habitación de Marian, y probó mejor suerte. Se le ocurrió que les habían solicitado alguna tarea de último momento. El nuevo doctor del centro tenía una agenda muy peculiar, y los horarios no eran precisamente de oficina.

Estaba a punto de desistir, cuando un ruido que provenía del otro lado de la puerta despertó su curiosidad. Apoyó el oído izquierdo sobre la puerta, y cerró los ojos para agudizar su sentido auditivo. El sonido volvió a repetirse.

Decidida a ir hasta el fondo del asunto, extrajo la llave maestra de su cinturón, y procedió a destrabar el cerrojo. Ingresó a la habitación, y encontró a Marian maniatada al respaldo del catre. De inmediato, comenzó a desatar los nudos de sus ataduras.

“- Marian, idime qué ha sucedido!”, exclamó la supervisora.

Tomó aire repetidas veces, y contestó a la pregunta. “- Ha sido Helga. Está planeando una fuga en el pabellón número uno”.

La supervisora se mantuvo petrificada por unos segundos, y cuando finalmente reaccionó, la soltó para abandonar raudamente la habitación. Se llevó el silbato a la boca, y comenzó a dar la señal de alarma.

Cuando alcanzaron por fin el vallado, el escuadrón polaco mantenía el alambre entreabierto, pronto para la evacuación.

“- Adelante, mantenemos el orden y pasamos una a una”, indicó Helga a las prisioneras. Aún acobardadas, cruzaban despaciosamente hacia el otro lado. Frida impulsaba a Gabrielle con ella, quien parecía abstraída del acto de escapismo.

“- Le estaré eternamente agradecida por lo que está haciendo”, dijo Frida a Helga.

“- Ya habrá tiempo para gratitudes más tarde; ahora, no se detengan y sigan avanzando”.

Los soldados aliados recibían a las prófugas, y las ayudaban a montarse a los camiones. Roberto las aguardaba en la caja de uno de ellos, procurando ubicarlas con la mayor rapidez posible para la posterior partida. Contempló el firmamento, y oró porque los aviones estuvieran en posición para el momento en que precisaran que les cubrieran las espaldas.

La última de las mujeres terminaba de abandonar el patio, cuando un foco brillante iluminó el boquete. “- Deténganse en este instante”, ordenó la voz del capitán Rommel, amplificada por un megáfono. “- ¡Están rodeados!”.

Un par de municiones se incrustaron en el amplificador, provocando que el mayor lo dejara caer inesperadamente al suelo. Observó al frente, y el arma de Helga aún humeaba por el cañón.

La rabia del capitán hizo innecesario el uso de un altavoz. Con un potente grito, ordenó a sus soldados iniciar el ataque.

Los aviones caza surgieron de la oscuridad, y descargaron sus ráfagas contra la pequeña batería nazi, desmembrándola instantáneamente. Helga no dudó en aprovechar el momento, poniéndose a salvo del otro lado del perímetro. Se montó en el último camión, y dio la orden de partir.

Notó a Frida recostada en un rincón, quien sollozaba en un tono casi inaudible. “- ¿Estás bien? ¿Te has lastimado?”, preguntó.

“- No, no es eso. Nunca imaginé que fuéramos a salir de allí. Y ahora, no sé qué hacer. Nos hemos separado de Viktor, y probablemente no volvamos a reencontrarnos”, se lamentó Frida.

“- Lo importante es que se tienen la una a la otra, y juntas saldrán de esto”, respondió Helga. Acarició su frente, y se recostó junto a ellas mientras el transporte avanzaba velozmente hacia la frontera.

CAPÍTULO 3

Completar la última misión de su carrera en la legión extranjera le generó sentimientos encontrados. Más de un lustro al servicio de las fuerzas aliadas, misiones en dos continentes, huellas que la guerra dejaba en su mente y cuerpo para toda la vida.

Julio descendió de la cabina, y sintió que un temblequeo lo recorría sin control. Saludo a los ingenieros en la pista, y raudamente partió hacia el vestuario.

“- Uruguayo, inos vamos para el sur!”. Roberto terminaba de peinar su cabello con la espesa gomina, rememorando el estilo del “zorzal criollo”.

Julio se sonrió, pero se mantuvo en silencio.

“- Los americanos van a terminar de ganar esta guerra, te lo dije desde un principio. Esa bomba que detonaron en Japón no tiene rival”.

“- ¿Cómo piensas que nos recibirán?”, preguntó Julio.

“- Más les vale que con los honores de héroes de guerra”, respondió Roberto. “- Mínimo, un desfile por la Nueve de Julio, y un homenaje en el Antonio Vespucio Liberti. ¿Podés creer que no llegué a conocerlo?”.

“- Lo único que quiero es volver a ver a mis padres”, respondió. “- Mi madre todavía no me perdona por haberla engañado”.

Mientras disfrutaba otra taza de café, observó por la ventana del local cómo dos niños cruzaban en sus bicicletas a toda velocidad. La sensación de libertad que percibió reforzó su idea de abandonar la docencia de una vez por todas, aunque aún no terminaba de decidirlo por completo.

La radio dio inicio al noticiero central. “- *Avances: el ejército nacional ha lanzado su primer proyectil nuclear sobre la ciudad de Hiroshima. Se estima el número de decesos en más de cincuenta mil*”.

El pocillo cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos. “- Por Dios”, dijo el hombrecito del pelo gracioso. “- Qué hemos hecho”.

El Primer Ministro ingresó al palacio, y fue escoltado hasta uno de los salones del frente. Allí, lo aguardaba el Rey Jorge y su hija mayor.

“- Primer Ministro, gusto en saludarle”, comenzó el Rey.

“- Su Majestad”, contestó.

“- Entiendo que tiene novedades importantes”, auguró el soberano.

“- Japón ha declarado su rendición. El fin de la guerra se avecina”.

Isabel abrazó a su padre con energía. “- Papá, por fin ha terminado. Esta maldita guerra, papá...”.

“- Así parece, hija mía, así parece”.

PARTE IV

CAPÍTULO 1

“- Ya eres toda una señorita”, concluyó su madre mientras terminaba de acomodarle el vestido que llevaría en su primer día de secundaria.

“- Basta, mamá”.

“- ¿Vendrá Lucía a cenar hoy?”.

“- Ya sabes que sí, viene todos los miércoles y yo voy a su casa todos los viernes”, le recordó.

Su padre llamó dos veces a la puerta, y con el permiso de ambas mujeres ingresó a la habitación. “- Elsa, estás hermosa”. Su cojera empeoraba poco a poco, a pesar de que utilizaba el bastón la mayor parte del día.

“- Viktor, ve a descansar esa pierna de una buena vez. Para qué sirve que tomes vacaciones de la fábrica si vas a permanecer de pie todo el tiempo”, rezongó Frida. Viktor clamó piedad con una mirada que siempre

la enternecía.

“- Padre, prométeme que te cuidarás. El médico ha dicho que si te comportas, podrás dejar de usar esa bendita vara como apoyo”. Elsa se acercó hasta él, y se fundieron un abrazo.

“- Descuida, pequeña. Algo encontraré con qué distraerme, mientras tu madre y tú disfrutan de sus rutinas fuera de la casa. A la vuelta te espero para terminar la partida de ajedrez. No creas que me he olvidado”.

“- Puedes seguir analizando ese tablero todo lo que quieras; no tienes escapatoria”, contestó Elsa mientras se sonreía.

Al salir de la casa, madre e hija se despidieron en la esquina. Elsa vivenciaba con intranquilidad las diferentes inquietudes que despertaban con su llegada a la adolescencia, y lo que auguraba fuera por fin su lugar en el mundo.

Atrás quedaban años de vida nómada que se sucedieron al culminar la guerra. Los relatos de sus padres narraban las peripecias vividas al regresar a Varsovia, donde nada ni nadie de lo que habían dejado allí los aguardaba. Luego, el frustrado regreso a Leipzig, y la indiferencia demostrada por los que alguna vez habían sido sus vecinos, e incluso amigos. Las circunstancias de la guerra, sin duda, habían sacado a la luz lo peor de aquellos a quienes consideraban casi como familia.

Con la creación del estado israelí, sus progenitores decidieron probar mejor suerte y se aventuraron hacia la naciente comunidad. Sin embargo, el creciente éxodo que observaban de los suyos hacia el hemisferio sur, los decidió por buscar nuevos horizontes y abandonar el viejo continente, para dejar atrás la penurias vividas.

El destino los llevaría hacia un pequeño país ubicado entre dos colosos de la América austral: Uruguay. La embarcación los depositaba directamente en el puerto de Montevideo, y de allí, alentados por algunos compañeros de camarote, se decidían por instalarse en el oeste del territorio, en un poblado llamado Nueva Helvecia.

Frida ingresó a la oficina del registro civil, y tranquilamente se formó en la fila. Tenía toda la jornada por delante si era necesario, y terminar de regularizar los papeles para la obtención de la residencia.

Observó a su alrededor, y se le hacía extraño la forma en que comenzaban a adoptar nuevamente rutinas que parecían olvidadas hacía tanto tiempo. El simple hecho de ir a la panadería por una hogaza, o dedicar la tarde a lavar la ropa con esmero, comenzaban a llenar sus

jornadas. Viktor, quien prefería no retomar su actividad en la medicina aún (los recuerdos del gueto aún lo azotaban por las noches, entre sueños), trabajaba en una fábrica de dulces de la zona y ganaba suficiente para mantener la casa. Su pierna nunca recuperaría la movilidad de antes, pero que no fuera necesario amputarla era considerado más que un buen trato.

"- Señora, ¿sabe usted a dónde debemos dirigirnos para inscribir un casamiento?", consultó una voz a sus espaldas.

Cuando se volteó, el rostro masculino que encontró detuvo los latidos de su corazón. El "Doctor Muerte" del campo de Treblinka, parado delante suyo.

"- Disculpe, mi español no es muy bueno", se excusó el hombre que hizo que rememorara instantáneamente todo lo vivenciado en territorio polaco.

"- Lo siento... creo que es una fila única...". Con la mano derecha, tiraba de la manga izquierda de su abrigo, asegurando que el tatuaje con el código numérico no quedara a la vista.

"- Muchas gracias", respondió la acompañante. "- Estamos muy emocionados de formalizar nuestra unión". No llegó a percibir cómo Frida se deshacía de los nervios, tras su fachada adusta.

"- ¿De dónde es usted, señora?", preguntó nuevamente su acompañante. Frida alternaba su mirada entre uno y otro.

"- Señora, su turno", avisó detrás del mostrador el administrativo. En ese momento, Dejaba caer al suelo todos los documentos que con tanto cuidado había ordenado para la ocasión.

"- Permítame que la ayude", ofreció el médico de incógnito. Se hincó hacia donde Frida, y sus manos se rozaron. Frida sintió de pronto unas ganas desesperadas de gritar.

"- Muy amable, no es necesario que se moleste", contestó con un tono de voz cada vez menos audible.

Al reincorporarse, se apresuró hacia el escritorio y presentó los antecedentes al funcionario. Lo que más quería en ese momento era terminar con la diligencia, y correr a casa.

El administrativo procesó la información con calma, y terminó por estampar el sello. "- Todo pronto, señora".

“- Muchas gracias, que tenga buen día”, contestó. Egresó despaciosamente del recinto sin hacer contacto visual con sus compatriotas, y al llegar a la calle huyó lejos de allí.

Viktor intentaba consolarla, mientras acariciaba suavemente su cabello. Ambos habían vivido infiernos muy distintos durante su aislamiento, pero volver a encontrarse cara a cara con uno de sus carceleros no era algo con lo que contaban por esos lares.

“- Calma, mi amor. Elsa no puede verte de esta manera cuando regrese. Hazlo por ella”.

“- Lo sé, lo sé. Pero es que... volver a verlo a los ojos... Sé que para él éramos un número más, pero...”. Rompió a llorar nuevamente, desconsolada.

La puerta principal se abrió, y Elsa ingresó como una estampida junto con Lucía. “- Hola madre, padre! ... ¿Madre? ¿Qué te sucede?”.

“- Está bien hija, no te preocupes. Es un poco de angustia hasta que tus abuelos lleguen con nosotros”, respondió Viktor mientras hacía un guiño, que pasó desapercibido para Lucía.

Frida secó sus lágrimas, y se aproximó hasta Elsa. “- ¿Cómo ha estado el liceo? ¿Ya les han dado tareas?”.

“- Te lo dije, que nos iba a dar lata con eso”, comentó Elsa a su amiga. Besó a su madre en la mejilla y se dirigieron a la mesa, a preparar la merienda.

Frida regresó con Viktor. “- Prométeme que nunca más lo veremos. Por favor”.

“- Te lo prometo; ahora, tranquila. Vamos a acompañar a las chicas”.

Los nóveles recién casados egresaron del registro solitariamente, y sellaron la unión con un beso. Poco les llamó la atención el hombre con bastón que cruzaron pocos metros más adelante.

Viktor había decidido cumplir su promesa, aunque ello significara perder su trabajo. Montó guardia día tras día en las cercanías del registro, hasta volver a encontrar al responsable de las pesadillas de Frida. Identificar al médico no había sido complejo. La descripción que tenía de él y su

compañera calzaba a la perfección.

Permitió que avanzaran casi una cuadra completa, y comenzó a seguirlos. La cojera contribuía a mantener una distancia prudente. El matrimonio caminaba con despreocupación, riendo y disfrutando de la leve brisa que amortiguaba el sofoco que provocaba un nuevo día de sol pleno.

La pareja se detuvo frente a una vivienda sencilla, aunque bien mantenida. El doctor abrió el portón del frente, y dio paso a su esposa. Al llegar a la puerta, luego de pasar llave la alzó en sus brazos, e ingresaron al zaguán.

Las más de veinte cuerdas de distancia lejos estaban de amedrentarlo. Iba a tener una charla con el médico cuando la oportunidad se hiciera presente, aunque tuviera que repetir el trayecto día tras día. Allí, no tendría a sus espaldas a los oficiales armados, que tantas agallas le otorgaban cuando realizaba sus experimentos en el centro de reclusión.

Conciliar el sueño se había tornado un contratiempo para Josef. El desvelo ya era una rutina en sus noches, aunque evitaba levantarse de la cama para no llamar la atención de Gretchen.

Cuando los primeros rayos del amanecer ingresaron en la alcoba, su mujer despertaba luego de un descanso sin intermisiones. “- Querido, ¿ha vuelto a pasar? Debemos hacer algo, no puedes seguir pasando las noches en vela”. Acarició su mejilla con el dorso de su mano.

“- No te preocupes, ya estaré bien”.

“- ¿Es por tu hermano? Sabes que yo lo amaba”.

“- Juré sobre su tumba que iba a cuidar de ti, y eso es lo que haré”. La besó en los labios, y se abrazaron con sinceridad.

“- Quiero ir a comprar algunas cosas para la casa. ¿Me acompañas?”.

“- Prefiero quedarme, sino te molesta. Tengo algunos asuntos de los negocios que quisiera ordenar antes de que termine la semana”.

“- De acuerdo. ¿Desayunamos entonces?”.

Viktor observó a Gretchen abandonar la casa, y decidió concretar el encuentro. Se aseguró de que la zona estuviera despejada, y avanzó

rumbo a la puerta.

Del otro lado, el médico aún permanecía de pijama, envuelto en una bata.

“- Buenos días, ¿en qué lo puedo ayudar?”, preguntó.

“- Entre. Ahora”. Viktor presentó el arma, y avanzó hacia el interior. Apuntando a una corta distancia, le ordenó tomar asiento en uno de los sillones del estar.

“- ¿Quién es usted?”. El doctor comenzaba a perder la compostura.

“- Eso no importa, pero yo sé quién es usted. ¿Cuántos más de los suyos están aquí? ¿Acaso su esposa sabe lo que hizo en los campos de concentración?”.

La faz de Josef continuaba su siniestra transformación. “- No sé de lo que me habla, me está confundiendo con otra persona”.

Viktor apoyó el cañón de la pistola sobre su frente. “- No se pase de listo, doctor. No le conviene. Si tengo que disparar el gatillo, lo haré ahora mismo”.

“- ¿Qué es lo que quiere?”.

“- Quiero que se vaya de aquí; mejor aún, del país. Si vuelvo a verlo a usted o a su esposa, iré hasta las últimas consecuencias. Si tengo que pagarlo pasando años en la cárcel, que así sea. No puede ser peor de lo que mi familia y yo vivimos por culpa de usted y su gente”.

El sudor corría por las sienes de Josef. “- Está bien, haré lo que usted diga. Tiene que darme un par de días, no es tan sencillo...”.

“- Mañana. Los estaré vigilando. Y usted lo sabe”.

Frida preparaba una cena temprana. Elsa pasaría la noche en casa de Lucía, y tenían el lugar para ellos solos.

“- Está hecho. Nunca más volverás a ver a ese maldito”, dijo Viktor mientras servía dos copas de vino.

“- ¿Qué quieres decir?”, preguntó Frida desconcertada.

“- El doctor. Se marchó hoy en la tarde. Yo mismo lo vi subir al tren con

las maletas. Se acabó”.

Frida dejó caer las verduras al suelo. Viktor fue hacia ella, y la contuvo. “- Respira profundamente. Somos libres al fin. Nuestro pasado nos ha dejado atrás”.

Frida lo cubrió de besos, y lo arropó entre sus brazos. “- Te amo, Viktor. A ti y a Elsa, son lo más importante que tengo en esta vida”.

“- Es lo menos que podía hacer por no haber podido protegerlas antes. Cuando las llevaron del gueto, sentí que mi mundo se acababa. Lo único que me mantuvo a flote fue el empuje de los rebeldes. Me dieron una razón para seguir. Sabíamos que no teníamos oportunidad de sobrevivir, pero la sola idea de poder volver a verlas, me mantuvo cuerdo”.

Se sentaron en el piso, y lloraron unos minutos en silencio.

“- Debemos mantener esto oculto a Elsa, así lo hemos hecho desde entonces y no es necesario que eso cambie”.

“- Sabes que es cuestión de tiempo para que alguien le explique la verdad sobre el tatuaje y los números”, respondió Frida.

“- Tiempo al tiempo”, contestó.

Josef y Gretchen caminaban presurosos por el andén.

“- Josef, ¿puedes explicarme de una vez qué sucede?”, demandó Gretchen. Que lo llamara por su nombre de pila, indicaba que la molestia aún no la terminaba por abandonar.

“- No hagas una escena. Cuando lleguemos a nuestro destino, te explicaré todo”.

“- Pero, es que no comprendo. ¿No fuiste tú el que dijo desde un principio que por nada del mundo te establecerías en Buenos Aires?”.

“- Si nuestro sustento se encuentra del otro lado del río, hacia allí es donde iremos”, contestó.

Subieron al último vagón, y buscaron sus asientos. Josef desconfiaba de cada persona que se le cruzaba. Si el hombre del bastón los estaba vigilando, no llevaba su soporte con él.

CAPÍTULO 2

Dominga recorrió los lugares más comunes donde podía encontrarlo, pero no había señales de su marido. Aunque la estancia era extensa, los puntos de encuentro se habían vuelto rutinarios para ellos.

Decidió caminar hasta el arroyo, guiada por puro instinto. Lo encontró sentado en la orilla, con los pies dentro del agua y los pantalones remangados hasta la rodilla. Sujetaba la caña de pescar entre sus manos, y admiraba el horizonte sin concentrarse en ninguna formación nubosa en particular.

“- Julio, vas a llegar tarde al evento”.

“- Decidí que no voy a ir”.

“- ¿En serio? Ya te comprometiste con el director del colegio. Van a estar muy decepcionados”. Mantuvo distancia; sabía que precisaba su espacio.

“- Puede ser. Algo se les ocurrirá para reemplazarme”. Continuó embelesado sin desviar la mirada. Parecía estar en un trance profundo.

“- Sé que a veces es difícil dejar atrás todo lo que sucedió. Pero quizás esto te haga mucho bien. Aunque sea, hazlo por mí”.

Había dado en el clavo. Julio se volteó, y comprendió enseguida lo que su mujer quería decir.

“- De acuerdo”. Se puso de pie, secó el empape de sus extremidades inferiores con sus palmas, y tomó los extremos de sus zapatos entre los dedos de una mano.

Sobre la cama, Dominga había preparado el único traje que Julio tenía en su guardarropa. Habían pasado años desde la última vez que lo había usado. El trabajo de casero en la estancia brindaba pocas oportunidades para lucirlo.

Lo ayudó a acomodar el nudo de la corbata, y adornó el ojal del saco con una escarapela de la bandera patria. “- Te queda pintado”.

Julio revoleó los ojos, y la palmeó suavemente en la frente. “- Que conste que lo hago únicamente por ti”.

El auditorio terminaba de completarse en el salón de actos. El coro realizaba los últimos ensayos, la profesora de música terminaba de afinar el piano, y el director releía su discurso. Ya casi era hora de comenzar, y el invitado de honor aún no se presentaba.

“- Señor director, ¿qué haremos sino se presenta?”, preguntó una de la profesoras de grado.

“- Ya vendrá, no desesperemos”.

Julio ingresó justo antes de que se cerraran las puertas. Se lo notaba totalmente perdido e incómodo. El director lo saludó desde el fondo del salón, y con un ademán lo invitó a ir hasta el estrado.

Los murmullos comenzaron a incrementarse a medida que recorría el pasillo central. Allí estaba entre los simples mortales, el héroe de guerra uruguayo que había vencido al Eje.

“- Señor Gil Mendez, es un honor que nos acompañe el día que se cumplen quince años del fin de esa tremenda guerra”. Extendió su mano derecha, y apretó con fuerza la de Julio.

Sonrió todo lo que pudo, e inmediatamente se posicionó en un segundo plano entre los disertantes. El director se dirigió a la multitud. “- Buenos días a todos, gracias por acompañarnos en este acto que se realiza el día de hoy en esta casa de estudios. Tenemos un invitado muy especial con nosotros, una persona que defendió la libertad del mundo libre contra aquellos que buscaban nada más que propagar el mal y la muerte. El señor Jesús Gil Mendez fue aviador de la legión extranjera prácticamente durante todo la guerra, cumpliendo misiones en diferentes países de África y Europa”.

El aplauso inmediatamente colmó la sala. Julio, totalmente desacostumbrado a los tributos, no sabía cómo reaccionar. El director le indicó que se acercara y saludara y, a regañadientes, lo hizo.

“- Para iniciar el acto, el coro del colegio entonará el himno nacional. Todos de pie”.

La pausa dio la posibilidad a Julio de tomar un poco de aire, y desacelerar su pulso. La profesora de música azotaba las teclas del instrumento, entusiasmada con lo magno del evento. El coro por su parte, entonaba su canto con placidez.

Al culminar la pieza, el director retomaba la palabra. “Hoy es un día muy especial para todas las naciones del mundo. Hace quince años, se ponía

fin al que sin dudas fue el enfrentamiento más cruel y despiadado de la historia de la humanidad. Muchas lecciones se han aprendido desde entonces, y tantas otras quedan aún por incorporar. Y ahora, voy a dar la palabra al protagonista de este acontecimiento. Señor Gil Mendez, el estrado es suyo”.

La ovación se repetía una vez más. Julio se aproximó al frente, y nuevamente era saludado con vehemencia por el director. En sus adentros, maldecía a Dominga por convencerlo de participar.

“- ¡Que hable! ¡Uruguay para todo el mundo!” declaró alguien desde el fondo. Las palmas volvían a batirse, ante el pedido de silencio que hacía el director.

Julio aclaró su garganta, e improvisó su oratoria lo mejor que pudo. “- Muchas gracias a todos. Primero que nada, decirles que estoy muy agradecido al señor director, a esta institución y a todos ustedes por invitarme. Parece que fuera ayer cuando vi aquella embarcación en el puerto de Montevideo, y algo muy fuerte, que no puedo poner en palabras me decidió por alistarme. Seguramente, nuestra historia nos define como personas que amamos la libertad, y que haríamos lo que fuera por defender nuestros derechos. Entonces, me dije: si la situación es tan complicada como para que los Aliados vengan a buscar ayuda hasta el sur del mundo, algo tenemos que hacer”.

Otra aclamación lo interrumpía. “- Lo que viví durante esos seis años es imposible de resumir en pocos minutos. Tampoco es mi intención aburrirlos con mis historias. Lo importante es que el mundo salió adelante, y depende de nosotros hacerlo un lugar mejor para nuestros hijos”.

El director avanzó hacía Julio mientras el público volvía a deshacerse en aplausos. “- Señor Gil Mendez, para nosotros es y siempre será un héroe. Muchas gracias por sus palabras. Ahora, continuaremos con el resto del acto”.

Las últimas familias se retiraban del recinto. Julio terminaba de saludar a los rezagados, quienes hubieran extendido la reunión el resto del día si estuviera a su alcance.

“- Señor Gil Mendez, ¿cómo se siente?”, preguntó el director.

“- Un poco más tranquilo. Ha sido una experiencia abrumadora para serle franco”.

“- ¿Puedo preguntarle algo en confianza, si es que no lo ofende?”.

“- Adelante”, respondió.

“- Me imagino que el miedo lo acompañó en muchas instancias de la guerra. Pero, ¿hubo algún momento donde sintió que quizás estaba todo perdido?”.

Julio comenzó a recordar simultáneamente mil y una vivencias. Se tomó unos segundos antes de dar su respuesta.

“- Convivir con la guerra no es sencillo, aunque uno se termina acostumbrando a la incertidumbre de no saber si un proyectil derrumbará el techo sobre el que uno duerme. En combate, piloteando el avión, las balas intentan agujerear el fuselaje como un queso gruyere. Pero si debo elegir la situación más desafiante, fue la misión suicida que hicimos en África”.

Las pupilas del director se dilataban con cada palabra.

“- Dos aviones, dos pilotos, una batería de explosivos y el combustible suficiente solamente para llegar al objetivo y descargarlos desde el cielo. Mis compañeros me decían que estaba loco por haber aceptado. Que si nadie se hubiera ofrecido, nuestros superiores hubieran desistido de la avanzada. Pero todos sabíamos lo que estaba sucediendo en todos los frentes de batalla, los delitos que se cometían en los centros de detención. Podíamos optar por el camino simple de desentendernos y cumplir con nuestras asignaciones como si marcáramos el reloj en una fábrica, o dar algo más. Y esto era justamente dar algo más. El ataque se concretó sin contratiempos, pero cuando apenas comenzaba a escapar del lugar, fallaron los motores por la falta de combustible. El aterrizaje fue turbulento, pero logré descender la nave un terreno llano.

Julio notó que otras personas se habían sumado a escuchar su narración, pero decidió proseguir.

“- Tomé todas las provisiones que había llevado conmigo, y comencé a caminar. No sabía exactamente dónde estaba, ni hacia donde tenía que regresar. La noche estaba cerrada y oscura. El frío comenzaba a penetrar mi traje de vuelo, y no divisaba resguardo inmediato en las inmediaciones. Intenté conciliar el sueño recostado sobre el suelo, pero fue imposible. Proseguí la marcha por casi una hora, hasta encontrar una formación de cerros al norte. Rodeé la zona baja en busca de alguna cueva, hasta que finalmente di con un refugio. Ingresé con cautela, desconociendo qué podía encontrarme dentro. El único lumbré que me auxiliaba era el de mi encendedor. Las paredes eran húmedas y mohosas. Cuando parecía que no había señales de vida silvestre, dos focos resplandecientes aparecieron delante mío. Alumbré hacia ellos, y la silueta

de una leopardo se formó frente a mis ojos. Recién había parido, y las pequeñas crías se acurrucaban contra ella para retener el calor. Parecía no tener intención de abalanzarse y emprender el ataque, aunque defendería a los suyos si era necesario. Decidí no hacer movimientos bruscos, y me dirigí lentamente al otro extremo de la gruta. Me recosté contra la pared y, cuando el mechero agotó su contenido, me sometí a la merced de mi compañera de habitación. Prácticamente permanecí en vela el resto de la madrugada, pero el cansancio terminó por vencerme. Cuando desperté, la caverna era completamente iluminada por la luz del exterior. La felina madre parecía haber aceptado mi presencia allí, y continuaba concentrada en el cuidado de los pequeños. Luego recordé que entre mis provisiones tenía varias latas de carne en salmuera, y decidí abrir y ofrecerles una. Las crías percibieron en seguida el aroma, y comenzaron a acercarse despaciosamente hacia donde estaba”.

“- La jefa de familia observaba desde su ubicación, y parecía aprobar la invitación. Cuando acabaron con el contenido del recipiente, volvieron con su madre y se dispusieron a tomar una siesta. Me incorporé, tomé otra lata de carne, y la dejé a una distancia prudente, para luego salir de allí. Los rayos solares parecían derretir todo lo que tocaban. Sin agua, con cada paso que daba sentía como las fuerzas comenzaban a abandonarme. En el horizonte, una forma humana parecía saludarme. Inseguro de si se trataba de una alucinación o no, continué la marcha, para finalmente comprobar que un lugareño estaba allí para salvarme la vida. Me ofreció un trago de su cantimplora, y el impacto del líquido recorriendo mi interior tras horas de deshidratación me hizo retorcerme. Cuando logré reincorporarme, me guió hasta la frontera, y conseguí entablar nuevamente comunicaciones con los míos”.

Dominga, inquieta por la demora, ordenaba y desordenaba los utensilios de la cocina una y otra vez. Hacía rato que Julio debía haber regresado del evento. Observó como el sol comenzaba a ponerse tras la arbolada, y los nervios comenzaron a carcomerla. Tomó un abrigo, y cuando se disponía a caminar hacia la ruta en busca de alguien que la pudiera alcanzar hasta el pueblo, Julio entró por la puerta principal.

“- ¡Julio! ¡Pensé que te había sucedido algo! ¿Qué pasó? ¡Debiste regresar hace horas!”.

La miró con tranquilidad, y tomó sus manos con las suyas. “- Querida mía, te pido disculpas. Perdí la noción del tiempo. Tenías razón, presentarme en el acto fue la mejor decisión. Al principio, tenía temor de recordar cosas de las que uno quisiera olvidarse para siempre. Pero también, regresan otras tantas que hicieron que todos esos años valieran la pena”.

“- Me alegro que así haya sido, cariño”.

“- Lo único que me recriminaré toda la vida es no poder darte hijos”, se lamentó.

“- Sabes que eso me tiene sin cuidado. Claro que me gustaría formar una familia contigo. Pero si esto es lo mejor que tendremos, que así sea. Seremos felices los dos. No precisamos a nadie más”.

Lo abrazó, y Julio se dejó caer sobre su hombro.

CAPÍTULO 3

Walter ingresó a la habitación y observó a Hanna, dormida en la silla. La sala era blanca y fría. La ventana ofrecía ese día un cielo nublado que ensombrecía el interior.

“- Hanna, Hanna; es hora de ir a casa”. Acarició su frente con las yemas de sus dedos índice y mayor.

Su mujer despertó lentamente. “- Walter... No voy a volver a casa. Quiero permanecer aquí, con ella. Por si despierta”.

Walter había anticipado su respuesta, y decidió que no tenía sentido discutir. Bastante tenía ya con el hecho de que su hija posiblemente nunca volviera a despertar del coma, como para agregarle otro diferendo a su matrimonio -o lo que quedaba de él-. Se arrimó hacia donde estaba Helga, y con contrariedad intentó omitir los aparatos y todos los demás implementos médicos que la rodeaban.

“- Hija mía, te veré mañana. No sé si logras escuchar lo que digo, pero quiero que sepas que te amo y que nunca me daré por vencido. Encontraremos la forma de hacer que regreses con nosotros”.

La besó en la mejilla derecha, y se volvió hacia la puerta. Caminó pausadamente, sin detenerse a saludar a Hanna. Cruzaba el umbral hacia el pasillo, cuando un alarido devastador lo paralizó.

Se giró nuevamente hacia la sala, y vio a Helga sentada sobre la cama, con los brazos rígidos a los costados, retorciendo las sábanas con sus manos y con los ojos inyectados en sangre.

“- ¡Helga!”, exclamó mientras corría hacia ella. Hanna, mientras tanto,

lloraba desconsolada en su butaca, no logrando reaccionar.

Walter abrazó con prudencia a su hija, y sintió como su corazón latía con fuerza. Tomó su rostro entre sus manos, y advirtió en sus pupilas a la misma Helga de siempre.

“- Helga, voy a buscar al doctor ahora mismo... Hanna, ¡reacciona, mujer! ¡Quédate con ella y asegúrate que no se vuelva a recostar!”.

Comenzaba a abandonar nuevamente la habitación, pero Helga lo tomó repentinamente por el brazo. Las uñas comenzaban a clavarse en su piel.

“- Lo he visto, padre. He visto al Doctor Muerte. Está vivo, y sigue con sus experimentos macabros”.

“- Hija, eso es imposible. Josef Menguele está muerto”.

“- No, no lo está. Y yo sé dónde encontrarlo”.

Culminada la guerra, a Helga se le presentó la disyuntiva de si intentar retomar una vida normal, o seguir involucrada en el mundo del espionaje. Luego de Treblinka, realizó misiones de infiltración en otros centros de detención, las cuales también fueron exitosas.

Su desempeño fue altamente destacado por sus superiores, y la incentivaron a seguir trabajando en lo que involucraba la etapa postguerra. Muchos de los jerarcas del Eje habían pasado a la clandestinidad, buscando escapar de su castigo. Sus habilidades como doble agente eran demandadas para dar captura a la mayor cantidad que fuera posible.

Su primer asignación la emparejó con uno de los antiguos guardianes del campo de concentración de Belzec, Erich Model. La inteligencia aliada había decidido no desenmascararlo, apostando a llegar hasta peces más gordos a sus costillas. Helga se le presentaba como Magda, una estudiante de bellas artes que -por mera casualidad- frecuentaba la misma biblioteca que él los fines de semana.

Helga no tuvo ninguna dificultad en entablar conversación, a pesar de la diferencia de edad. Se interesaba por cualquier tema que Erich tuviera interés en platicar, y se mostraba entusiasmada por las falacias que le narraba de su supuesta experiencia de vida.

En pocos meses, la relación prosperó y contraían matrimonio. Con el dinero de sus ahorros de toda la vida -según declaraba su ahora esposo-,

adquirieron una casona en las afueras de la ciudad.

Erich la trataba con un respeto que en ocasiones la desconcertaba. No demostraba resabios de su anterior realidad, y hasta por momentos se cuestionaba si monstruos como él realmente podían cambiar. Durante casi un año, la relación fue como la de cualquier pareja de recién casados.

Una noche, llamaron a la puerta en la mitad de la madrugada.

“- Erich, ¿qué sucede? ¿Esperabas a alguien?”.

“- Aguarda aquí, ya regreso”. Erich tomó su abrigo de la percha, y descendió raudamente las escaleras hacia la puerta principal.

Helga aguardó unos minutos en la cama, y decidió acercarse hasta las escaleras. Alcanzó a escuchar fragmentos de la conversación que ocurría en la planta baja. Un viejo camarada de Erich precisaba refugio por unos días, y ayuda para salir del país.

Regresó rápidamente al dormitorio, y simuló haber conciliado nuevamente el sueño. Instantes después, Erich ingresaba nuevamente en la alcoba. “- Mi amor, tengo que salir por unas horas. Es una emergencia, a mi regreso te contaré todo”. Helga ensayó un desmerece muy convincente, y acató la directiva. Cuando sintió que la puerta principal se cerraba, se aproximó hasta el clóset y comenzó a levantar las tablas sueltas del suelo. Su viejo Enigma aún la acompañaba, y lo rescató de la oscuridad del entresuelo. Encendió la energía, y actualizó con las novedades a sus jefes.

Las horas transcurrieron con lentitud, hasta el amanecer. Erich ingresaba una vez más al hogar, y encontró a su Magda desayunando en la cocina. “- Preparé café bien cargado, imaginé que lo ibas a necesitar”, dijo Helga mientras sorbía su pocillo.

Erich se hincó frente a ella, la besó en los labios y tomó asiento a su lado. Sirvió su taza con el negro líquido hasta el borde, aspiró sus fragancias con suavidad.

“- Magda, un viejo amigo se presentó anoche. Precisa de mi apoyo y no puedo negarme, estoy en gran deuda con él. No puedo contarte los detalles, pero preciso que confíes en mí. En pocos días se habrá marchado, y todo volverá a la normalidad”.

Helga untaba un poco de miel sobre el pan, y volvía a colocar el tenedor sobre el plato. “- No tienes que explicarme nada. Confío en ti. Solamente te pido que me prometas que vamos a estar bien, y que no nos meteremos en problemas”.

“- No tienes de qué preocuparte, querida”.

El operativo se ejecutó en pocos días, y tanto Erich como otros generales de fuste que habían logrado permanecer escondidos desde el fin del conflicto mundial eran encarcelados, a la espera de ser enjuiciados.

Helga volvía a ser una mujer soltera, y aguardaba su siguiente encargo mientras descansaba por unos días en la campiña francesa. El protocolo indicaba que era mandatorio desvincularse de la misión anterior, salir del país y permitir que las cosas se enfriasen y cortar cabos.

Regresó al hotel, y solicitó la llave en la recepción. Subió las escaleras al primer piso, y liberó la cerradura de la puerta. Cuando la abrió, el caos y desorden que encontró la abrumó. Enseguida, fue en busca de su Enigma.

Encontrar un escondite adecuado que la colocara fuera del alcance de las mucamas que atendían las habitaciones no había sido tarea sencilla. Con esfuerzo, logró separar el placar de madera de la pared, y verificó que el aparato aún seguía amarrado donde lo había dejado.

“- Yo me llevaré eso, sino te importa”. El golpe que recibió en la nuca la dejaba inconsciente, y la depositaba en el suelo.

“- El día que llamaron a nuestra puerta y encontré a un comandante del ejército parado frente a mí, sabía que algo te había sucedido”, comenzó a relatar Walter a Helga. “- El Mayor Behm consiguió sintetizar en minutos lo que había sido tu derrotero desde que habías abandonado la casa. Nos explicó que te habían encontrado en un descampado, desnuda, y con fuertes golpes en todo el cuerpo. Que habían logrado salvarte induciéndote el coma, pero que no podían decirnos cuando despertarías, o si lo harías alguna vez. Desde entonces, te hemos cuidado cada día durante la última década, esperando el milagro”.

Helga, visiblemente emocionada, volvía a abrazarlo y lo dejaba percibir su fragilidad. “- Perdóname, padre. He sido muy injusta con ustedes todo este tiempo”. Buscó a su madre con la mirada, y le rogó que se acercara para rodearla con sus brazos.

“- Lo que importa es que has despertado, y que lo peor ha quedado atrás”, contestó Walter.

“- El Mayor, ¿aún sigue en contacto con ustedes?, preguntó Helga.

“- Viene a visitarte al comienzo de cada mes”, respondió Walter.

“- Preciso hablar con él. Es importante”.

“- ¡Pero hija! ¡Es una locura! Después de todo lo que hemos sufrido, ¡no le debes absolutamente nada!”, contestó Hanna ofuscada.

“- Lo sé, madre. Pero a pesar de mi deteriorado estado, logré escuchar conversaciones aisladas de mis captores. En una de ellas, coordinaban la fuga del Doctor Menguele hacia América del Sur. Más precisamente, a Buenos Aires. Al menos, quiero darle esa información, si es que ya no la tienen”.

El Mayor Behm no acreditaba lo que veían sus ojos. Una semana después de su resurrección, Helga ingresaba en su despacho, y lucía mejor que nunca.

“- Helga, dichosos los ojos que te ven. Tu recuperación ha sido increíble”.

“- Muchas gracias, Mayor. Sé que usted hizo lo imposible por mantenerme con vida todo este tiempo, a pesar de que seguramente sus superiores le decían que no tenía sentido incurrir en gastos médicos para atenderme”.

“- Sino hubiera logrado convencerlos, no estaría más aquí, te lo aseguro”.

“- Mayor, tengo algo que decirle. Tengo razones para creer que Josef Menguele sigue aún con vida. Y que se encuentra en Buenos Aires”.

El Mayor Behm la admiró, y parecía procesar con dificultad la información recibida. “- ¿De qué hablas, Helga? Menguele está muerto. Vi con mis propios ojos como lo enterraban al maldito”.

“- La fuerzas del Eje han sido muy creativas para borrar sus huellas y permanecer ocultos, Mayor. Me gustaría ofrecerme para viajar personalmente a América del Sur e iniciar una investigación al respecto, si está de acuerdo”.

“- Entiendes que si accedes a ello, será una misión extraoficial. Si algo te sucede, diré que no estaba al tanto de la misma. Piénsalo; no creo que tus padres puedan tolerar volver a perderte”.

“- Es un riesgo que tengo que correr. Usted no vio las cosas que yo vi en ese centro de detención, Mayor. Es lo menos que puedo hacer por las

personas que no lograron salir con vida de allí”.

CAPÍTULO 4

“- ¿Julio, estás pronto? Tenemos que irnos si queremos llegar a Montevideo para el mediodía”, recordó Dominga.

Su marido terminaba de anudar los cordones de sus zapatos, y avanzó hacia ella. “- No sé si alguna vez lo estaré por completo”.

“- No puedo imaginar lo importante que es para ti este reconocimiento, estoy muy orgullosa de ti”.

La visita del presidente francés en Uruguay había generado mucha expectativa a la población en general. Dentro de los actos formales previstos en su agenda, se incluía la condecoración de veteranos de la Segunda Guerra Mundial orientales, que habían servido en la legión extranjera. Julio no había llegado a coincidir con otras compatriotas durante combate, ni a su regreso al país.

La ceremonia en la Plaza Independencia detuvo la ciudad durante algunas horas. Miles de personas se ubicaban en la zona de exclusión, vitoreando a los homenajeados. El General de Gaulle pronunció su discurso, y acto seguido procedió a condecorar a los invitados de honor.

Julio descendió del escenario, notoriamente tocado por el acontecimiento. Recibió el saludo de Dominga, y después de saludar y conversar largamente con los demás colegas, decidió emprender el regreso hacia Mercedes.

Un par de cuadras más adelante, era interceptado por una muchacha de pelo blanco.

“- Capitán Gil Mendez, lo felicito de corazón”, dijo la desconocida. Volver a escuchar el idioma alemán lo desconcertó por unos segundos.

“- ¿Disculpe, la conozco?”, contestó en el mismo idioma.

“- Desafortunadamente no, pero si me concede unos minutos, preciso hablar con usted”.

Dominga parecía no aprobar el inesperado encuentro, pero el rostro de su marido le transmitió que no tenía lo qué temer.

"- Si hay alguien que puede ayudarte a rastrear a ese hombre, es Roberto. Hace años que perdí contacto con él, pero creo que puedo volver a ubicarlo", razonó Julio.

Helga escuchaba atentamente, mientras que Dominga seguía perdida en la charla que sucedía en un idioma desconocido para ella.

"- Si está a tu alcance hacerlo, te lo agradecería mucho, Julio. Ese malnacido aún anda suelto por ahí, y quiero encontrarlo".

"- Si me dices donde puedo encontrarte, dentro de unos días tendrás novedades mías".

Hacía casi dos semanas que no tenía noticias de Julio. Helga había decidido permanecer en un hotel del barrio de Carrasco, pero poco aprovechaba estar frente al mar ni la majestuosa rambla que recorría la ciudad de punta a punta. Se volvía imperioso transmitir alguna actualización al Mayor, y pronto.

Resolvió bajar a la planta baja a tomar una copa, y cuando llegó al vestíbulo, un hombre impecablemente trajeado que peinaba canas se ubicaba acodado en la barra del bar. Cuando la detectó, una sonrisa iluminó su rostro.

"- Señorita, creo que tenemos una cita", dijo Roberto en perfecto alemán. Helga se sonrojó instantáneamente. "- Acompáñeme, la tarde es muy hermosa para no aprovechar y disfrutarla con una caminata".

Cuando se hallaron solos, Roberto tomó la iniciativa. "- Julio me ha dicho que está tras el paradero del Doctor Muerte. ¿Está completamente segura de que está donde dice?".

Helga continuó caminando con cesura, aunque su pulso se aceleró exponencialmente. "- Estuve diez años dormida, y lo que me trajo de regreso fue recordarme de él. Estaba tan vivo como usted y yo. Sé que no fue un sueño, llámelo como quiera, pero sé lo que vi".

Roberto se mantuvo en silencio, en señal de que no cuestionaba lo que estaba escuchando.

“- Podemos cruzar a Buenos Aires esta noche, si estás dispuesta a hacerlo”.

“- Nada me retiene aquí”, contestó Helga.

PARTE V

CAPÍTULO 1

La búsqueda realizada durante largos meses había resultado absolutamente infructuosa. Helga volvía a repasar una vez más sus apuntes, buscando alguna conexión que se les hubiera pasado por alto.

“- Lamento mucho si te parezco pesimista, pero creo que le hemos perdido el rastro por completo”, concluyó Roberto mientras fumaba un cigarro en la ventana de la habitación. “- Si queremos volver a siquiera intentar rastrearlo, precisaremos ayuda de tu gente”.

Helga se mantuvo concentrada en su búsqueda, sin levantar la mirada. “- No preciso recordarte que, oficialmente, esta misión no existe. Desconozco cómo se las ha arreglado el Mayor para justificar mis gastos todo este tiempo, pero dudo que pueda hacerlo mucho más”.

“- Lo que te están pidiendo lejos está de ser sencillo, Helga. Menguele tiene amigos aquí que lo apoyarán apenas se sienta bajo amenaza. Además, aparecer y desaparecer de un momento a otro parece que se le da muy bien”.

Se le hacía casi inconcebible que semejante criminal hubiera vivido a sus anchas en territorio argentino durante casi diez años. Incluso, llegó a confirmar que tuvo publicado su número telefónico con su nombre real. También, se había dado el gusto de vivir en Paraguay, y de casarse en Uruguay. La red del Eje tendía sus tentáculos para proteger a los suyos, y nublaba la visión de sus perseguidores.

“- Ni siquiera sabemos si sigue en Buenos Aires. Es como buscar una aguja en un pajar”, se lamentó.

Roberto regresó hacia la mesa, tomó asiento, y la tomó de la mano. “- Deberías considerar volver con tu familia. Estuviste una década ausente, y ahora te embanderas en una búsqueda imposible al otro lado del mundo. La vida es una sola, y bastante hemos visto de lo malo de este mundo como para no aprovechar disfrutar un poco, ¿no te parece?”.

Alguien llamó a la puerta, y los tomó desprevenidos.

“- ¿Esperas a alguien?”, preguntó susurrando Roberto.

“- Esta es tu casa, no la mía”, contestó Helga.

Roberto se dirigió a la cómoda, abrió el cajón y extrajo su viejo revolver. Apoyó el oído derecho sobre la puerta. “- ¿Quién es?”.

Nadie respondía del otro lado.

Roberto se volvió hacia Helga, y le indicó que se pusiera a resguardo en la otra habitación.

“- Pregunté quién es”, insistió Roberto.

Abrió una pequeña rendija, y se mantuvo tras la puerta. No hubo ninguna reacción del otro lado. Decidió abrir la puerta de par en par, sin encontrar a nadie allí. Salió al pasillo y miró a ambos lados, sin encontrar señales del extraño visitante. Volvió a ingresar a la sala, y pasó llave. Cuando se disponía a ir por Helga, encontró a una mujer sentada a la mesa.

“- Señor Ledesma, me disculpo por el pequeño acto de distracción que mi equipo y yo tuvimos que montar. Pero era imprescindible que nadie me viera recorrer las áreas comunes del edificio. Ahora, si lo toma a bien, guardemos las armas”, propuso la extraña mujer, que le apuntaba directo al abdomen.

Roberto mantuvo la pistola al frente durante unos segundos, y decidió bajarla.

“- Señorita Amann, puede dejar de buscar el otro revolver. Ya me tomé la molestia de cambiarlo de lugar”, indicó.

Helga emergió de las sombras del dormitorio, y observó a Roberto con incredulidad.

“- Díganos quién es usted, y que quiere de nosotros”, demandó Roberto.

Se mantuvo ubicada en su asiento, y alternó la mirada desde uno hacia el otro. “- Mi nombre es Nora Eldodt. Soy agente del Mossad. Estoy en búsqueda de ciertos criminales de guerra, y creo que podemos ayudarnos mutuamente”.

“- ¿Cómo dio con nosotros?”, preguntó Helga.

“- Hemos estado frecuentando los mismos lugares tras los rastros del Doctor Muerte. Al principio, pensamos que lo estaban ayudando a cubrir

sus huellas. Luego, concluimos que tenían las mismas inquietudes que nosotros respecto de su paradero”.

“- ¿Y sabe dónde está? Desapareció de la faz de la tierra”, dijo Roberto.

“- De hecho, creo que sí lo sé”.

El automóvil ingresaba a la avenida principal del centro de San Carlos de Bariloche, atravesando la gruesa nieve con las cadenas que llevaba amarradas a las cuatro cubiertas.

“- Eligieron un invierno complicado para venir de vacaciones, señoras”, bromeó Roberto mientras conducía a paso de hombre.

Nora, quien ocupaba el asiento del acompañante, evitó interactuar deliberadamente, mientras que Helga simplemente no había registrado la conversación. Lo que veía por la ventana de su asiento la deslumbraba, y la hacía dudar de si realmente podía haber algo tan perfecto. La vista al lago Nahuel Huapi, las pintorescas construcciones en piedra, y una comunidad que parecía pertenecer a otro siglo.

“- El hotel está unas cuadras más adelante, estacione el auto y yo me encargaré de registrarnos”, explicó Nora.

“- Si, jefa”, contestó con ironía Roberto. Nora optó por continuar ignorándolo.

Ingresaron al vestíbulo, y pasaron frente a tres hombres que tomaban asiento en un gran sillón.

“- Me imagino que son su séquito”, dedujo Roberto.

Nora continuó avanzando, y se dirigió al conserje. “- Tenemos una reserva por las siguientes dos noches, tres habitaciones simples”.

“- Buenos días, señorita. Háganme el favor de facilitarme sus documentos, si fueran tan amables”.

Nora presentó las identificaciones, y apoyó las manos sobre el frío mármol de la recepción.

Helga la escoltaba a su derecha, y continuaba inspeccionando todo lo que veía. “- ¿Tienen vista al lago?”, preguntó al conserje.

“- Sí, señorita. Todas las habitaciones tienen esa orientación”, contestó

mientras proseguía con el papeleo.

Roberto se disponía a fumar un poco de tabaco, pero notó que no traía su encendedor consigo. “- ¿De casualidad alguna de ustedes no tendrá lumbre?”.

“- No fumo”, contestó secamente Nora. Helga, mientras tanto, se disculpó levantando las manos con las palmas abiertas hacia arriba.

Dirigió la vista hacia los tres súbditos de Nora, y supo enseguida que tampoco allí encontraría lo que precisaba. “- Bueno, supongo que tendré que guardarlo para después”.

“- Todo pronto, aquí están sus llaves. Las habitaciones son contiguas. ¿Quieren que los ayuden con el equipaje?”.

“- No será necesario”, contestó Nora.

La reunión tuvo lugar en la habitación de Nora. Los seis ocupantes se distribuyeron de la mejor forma posible, y se ubicaron en camas y sillas.

“- Vilmos, ¿ya ubicaron al objetivo?”, preguntó Nora.

“- Menguele se ha instalado en una casa en las afueras de la ciudad. Lo hemos monitoreado durante la última semana, y sus salidas son muy puntuales”.

“- ¿Cuál es la evaluación que han hecho del lugar? ¿Cómo lo capturaremos?”, preguntó Helga.

“- Paciencia; esta criatura es lo suficientemente escurridiza para volver a esfumarse frente a nuestras narices. Tenemos que actuar con cautela”, contestó Nora. “- Mañana por la noche ejecutaremos el operativo. Lo secuestramos de la casa, lo trasladamos a la triple frontera, y los agentes del lugar harán la extracción y lo conducirán a su juicio en Jerusalén”.

“- No puedo creer que finalmente lo atraparemos”, insistió Helga.

Roberto descansaba sobre su cama, sin poder dormir. Había bebido un poco de más en la cena, pero los vinos del lugar se le hacían irresistibles. Además, la nueva compañía no era completamente de su agrado, y de alguna forma la bebida lo estimulaba a congeniar.

Una sombra iba y venía por debajo de la puerta que daba al pasillo. Se incorporó un poco más, y los pasos cortos y frágiles le permitieron distinguir las pisadas de Helga. Se levantó rápidamente, haciendo una pausa luego para cesar el mareo que lo asaltó. Cuando logró llegar al pasillo, encontró a su compañera sentada contra la puerta de su dormitorio, de brazos cruzados frente a sus rodillas.

“- Helga, ¿qué sucede?”.

“- No sé si podré hacerlo, Roberto. No dejo de pensar en él, en los recuerdos que vuelven del centro de detención, en los sueños que mi inconsciente ahora trae de todos esos años en pausa”.

Roberto se sentó junto a ella. “- No tienes que hacer nada que no quieras”.

“- Pero el Mayor cuenta conmigo, y Nora también”.

“- No le debes nada a ninguno de los dos, ya lo hemos hablado”.

Helga observó hacia el techo. “- Han pasado más de quince años. ¿Piensas que alguna vez podremos dejar esto atrás y retomar nuestras vidas? ¿O intentarlo al menos?”.

Roberto tomó su mentón entre los dedos de su mano izquierda, y la puso frente a él. “- Pase lo que pase mañana, tienes que prometerme que todo esto termina aquí. Sino estás dispuesta a hacerlo por ti, al menos hazlo por tus padres. Ellos no merecen seguir sufriendo después de todo lo que han vivido. Tu clandestinidad durante la guerra; luego de la misma, el coma, y ahora esto...”.

Helga lo besó en los labios, y Roberto no la interrumpió.

“- Atrapemos a ese condenado doctor, y te prometo que viviré la vida más aburrida y mundana que puedas imaginar, por el resto de mis días”.

“- ¿Se le ofrece algo más, señor?”, preguntó la empleada del almacén.

“- Es todo, muchas gracias y que tenga buenos días”, contestó Josef.

“- Igualmente para usted”.

Recogió la bolsas con las provisiones, y emprendió el regreso a su hogar. La ubicación de la casa demandaba realizar un surtido mucho más abundante que el que hubiera sido necesario de instalarse en el centro de la ciudad, pero así lo prefería. Aún no conocían a sus vecinos -que

tampoco eran muchos-, pero la zona era tranquila y con mucho silencio. Los últimos episodios de escapismo habían coqueteado con el fracaso, y pasar inadvertido por un tiempo parecía una decisión acertada.

Gretchen ya se había acostumbrado al nomadismo, y la única razón por la que seguía junto a su criminal marido era por dinero. Josef había sugerido al momento de realizar la sucesión de su hermano que él tomara control de todos los bienes. A Gretchen le pareció una buena idea entonces; no se manejaba con los números en absoluto y parecía innecesario inmiscuirse en temas que generalmente eran manejados por los hombres. Cuando la huida de Uruguay, exigió a Josef que le explicara el porqué de la intempestiva salida. Al principio, evitó el tema y adujo temas laborales que se resolverían mejor del otro lado del río. Sin embargo, la sucesión de persecuciones no le dejó otra alternativa que revelar a su mujer su verdadera identidad. Los iniciales intentos de suicidio -los cuales eran abortados por Josef-, se sucedieron con extensos períodos de depresión. La ropa ya no le lucía, producto del excesivo peso que había perdido en el último año.

Vio a Josef llegando de la calle, y su semblante mutó de inmediato. Dejó el libro sobre la silla de la galería, e ingresó a la casa.

Josef la acompañó instantes después, y dejó la bolsa con suministros sobre la mesa de la cocina. “- Gretchen, traje suficiente como para no tener que ir de compras por al menos dos semanas. Si me ayudas con esto, me encargo de cocinar la cena”.

Demoró, pero finalmente hizo acto de presencia. “- ¿Piensas que duraremos tanto aquí?”, reprochó.

Josef la miró fijo, aunque nunca había reaccionado a las provocaciones de su esposa. “- Podríamos ser optimistas para variar, ¿no te parece?”.

“- Quiero volver a Europa. Mi hermana tiene una estancia en las afueras de Baviera. Podemos pedirle alojamiento, y a cambio de trabajo podemos reiniciar nuestra vida allí”.

Josef posó las verduras que tenía en sus manos sobre la mesa, y caminó hacia ella. Gretchen comenzó a retroceder con cada paso que él daba.

“- Escucha; nunca volveremos a casa. ¿Lo has entendido? No podemos hacerlo. Es muy peligroso”.

“- Para ti lo es, ino para mí! ¡No tienen nada en mi contra!”. Las lágrimas brotaban de sus ojos.

Josef miró hacia el suelo, y volvió a enfrentarla. “- Lo que hicimos fue por pura conveniencia y los dos accedimos a ello. De lo contrario, nunca

hubieras visto un centavo de ese dinero”.

Gretchen secó sus mejillas con un pañuelo. “- Maldito seas. Te odio, y lamento el día en que decidí casarme contigo. Mejor hubiera sido trabajar la tierra dieciséis horas al día durante siete días a la semana, que vivir así”.

Para su sorpresa, Josef decidió darse media vuelta y volver hacia la mesa y continuar ordenando los víveres. “- Eres libre de irte cuando quieras. Si hablas, lo sabré. Y te aseguro de que te arrepentirás toda tu vida de hacerlo”.

Los dos automóviles avanzaban por el camino de tierra, con las luces apagadas y en una marcha silenciosa. “- Es la casa que está al final de la cuadra”, confirmó Vilmos.

“- Detengamos los autos aquí”, ordenó Nora.

Los pasajeros descendieron, y se reunieron al frente del transporte. “- Ya todos saben lo que tienen que hacer. Helga, vienes con Vilmos y conmigo”.

“- Nora...”.

“- No llegaste hasta aquí para quedarte en el auto. Camina. Ahora”.

El trío avanzó hacia el frente de la casa, mientras los demás la rodeaban por detrás. Vilmos encabezaba el grupo, y las mujeres lo seguían. Examinaron si alguna de las ventanas permanecía abierta, pero sin suerte. “- Por aquí no va a ser, jefa”, informó Vilmos.

Nora asintió, y probó con la puerta principal. No perdía nada con intentarlo. Cerrada. “- Aguardemos a tener noticias de los demás, de lo contrario alguien deberá escalar hasta el segundo piso e intentar con esas aberturas”.

Helga no conseguía que sus manos quedaran quietas. El arma que llevaba entre las mismas, sin seguro, parecía resbalarse por el sudor para caer al suelo en cualquier momento, y dispararse por accidente.

“- Helga, tranquila. No lo arruines”, amenazó Nora.

La señal que el otro equipo les dio desde el otro lado, indicaba que la planta baja estaba asegurada. La puerta se abrió, y Roberto les indicó que entraran. Volvieron a reunirse todos en la sala de estar. Nora daba las instrucciones, y comenzaban a subir al piso superior. Vilmos encabezaba

la fila y procedió a inspeccionar cada una de las habitaciones. Los demás, aguardaban en la escalera. Los actualizaba sobre la revisión de cada recinto. Cuando solamente quedó una, los demás lo escoltaron. Abrió con sigilo la puerta, y observó que solamente una persona ocupaba el lecho matrimonial. Era la esposa. Pausadamente, se acercó hasta ella, y descubrió el frasco de somnífero sobre la mesa de luz.

"- Alguien le ha avisado de nuestra visita, no lo encontraremos aquí", dijo Vilmos con evidente bronca en su voz.

"- Eso no puede ser, solamente los que estamos aquí conocíamos el operativo", respondió Roberto.

"- Rudolf, ¡no!". Los disparos del agente infiltrado impactaron en el torso de Nora, quien se desvaneció instantáneamente sobre el piso.

"- ¡Hijo de mil putas!", exclamó Roberto mientras levantaba su arma. El sicario ya había dejado la habitación, y bajaba por las escaleras como una saeta.

Helga se hincó junto a Nora. "- ¡Dime qué debo hacer! ¡Por favor!".

Nora la miraba sin contestar, y le transmitía su sufrimiento.

"- Vayan por él, ¡hay que atraparlo!", suplicó Helga.

Roberto desapareció de la habitación, y el otro agente fue con él. Vilmos se tumbó junto a las dos mujeres, sabiendo que no había nada por hacer.

"- Lo siento mucho, Nora. Esto no era lo que debía pasar". La tomó de la mano, y la presionó con fuerza.

CAPÍTULO 2

"- Su cuenta, Sr. Gerhard".

Su nuevo alias funcionaba a la perfección. Tomó los billetes del bolsillo de su pantalón, y los depositó sobre la mesa. "- Guarde el cambio", contestó en su ya perfeccionado portugués.

La cafetería era sencilla, pero cumplía las expectativas de Josef para disfrutar los atardeceres admirando la puesta de sol. Comenzó a regresar hacia la cabaña, pero decidió que aún tenía tiempo para un último baño

de mar.

Colocó sus pertenencias envueltas dentro de la camisa, y comenzó a avanzar hacia el agua. Cuando tomó contacto con el frío líquido, la piel comenzó a erizarse. No obstante, continuó avanzando hasta que el mar lo cubrió a la altura del pecho.

Notó que nadie más lo acompañaba.

Comenzó a nadar mar adentro, y sintió como la sangre empezaba a circular por su cuerpo, calentándolo al menos un poco. La corriente estaba calma, y desplazarse le requería poco esfuerzo.

Cuando volvió a observar hacia la costa, identificó a una figura caminando por la arena. Al principio le restó importancia, y continuó con su baño. Momentos después, el extraño comenzaba a ingresar al agua.

Josef lo contempló fijamente. El hombre parecía un poco más joven que él, pero claramente era un sexagenario. “- Está un poco fría, pero bien vale la pena”, comentó buscando entablar conversación.

El individuo continuó avanzando hacia él, sin emitir palabra. Josef se vio indefenso. No había como tomar distancia, y el mar no le permitiría un escape efectivo. “- ¿Qué es lo que busca? Tengo dinero, le pagaré el doble de lo que le hayan ofrecido”.

“- No puede ofrecerme nada que me interese”, contestó Vilmos. “- Hace veinte años lograste escapar frente a nuestras narices. Desde entonces, no he hecho otra cosa que seguir tu rastro. Esta vez, decidí hacerlo solo. No podía cometer el mismo error de aquella vez”.

“- Por favor, debe haber alguna forma de que lleguemos a un acuerdo”, propuso Josef.

Vilmos desestimó la oferta, y se impulsó hacia arriba para luego caer sobre él. Era notoriamente más fuerte que su objetivo, quien se vio sumergido bajo el agua, sin posibilidad de salir a flote.

Durante algunos segundos, el doctor forcejeó y golpeó a su agresor, pero ya casi no tenía fuerzas. Sus brazos dejaron de agitarse, y Vilmos comprobó que había perdido el conocimiento.

Minutos después, arrastraba el cuerpo del “Doctor Muerte” hasta la orilla. Verificó una vez más la ausencia de signos vitales, y abandonó la playa.

CAPÍTULO 3

Dominga despidió al último de los asistentes, y volvió a sentarse junto al cajón. El crepúsculo ya asomaba por la ventana, y el personal de la empresa fúnebre le aconsejó que fuera a descansar.

Era la primera noche que pasaría sin la compañía de su esposo en muchos años. La simbiosis que habían logrado era vigorosa, y no imaginaba cómo conseguiría conciliar el sueño de ahora en adelante.

El empleado pasó llave a la sala, y Dominga se dispuso a regresar a casa. Casi al salir, un hombre anciano la interceptó.

“- Dominga, lo siento mucho”.

“- ¿Roberto? Tanto años... ¿Cómo supiste?”. Lo abrazó con entusiasmo, a pesar de la tristeza que la irrumpía.

“- Julio me contactó hace unos días. Debo confesarte que su llamada me sorprendió. Lo considero un hermano de la vida, pero hacía mucho tiempo que no sabíamos uno del otro. Me comentó sobre su estado de salud, y que temía no le quedara mucho tiempo. De alguna manera, se estaba despidiendo. Fue ahí que decidí venir; lamento no haberlo hecho a tiempo para verlo por última vez”.

“- Te ofrecería que me acompañaras a cenar, pero sinceramente no tengo apetito. ¿Me acompañarías mañana en el entierro?”, preguntó Dominga.

“- Ahí estaré”.

Elsa aguardó a que el oficio religioso terminara, y se aproximó hacia donde estaba la viuda. Una larga fila de personas se formaba para saludarla. Cuando fue su turno, extendió su mano y le ofreció la pequeña caja a Dominga.

“- Disculpe, ¿nos conocemos?”, preguntó confundida.

“- Su marido nos salvó la vida hace casi cuarenta años. Mi madre y yo éramos prisioneras en el campo de concentración de Treblinka. La legión extranjera realizó un ataque aéreo que permitió el rescate por tierra”.

Roberto dio un paso adelante, y notó la emoción en el rostro de Elsa. “- Recuerdo ese día cada noche, cuando intento dormir. Fue el primer operativo exitoso en los campos de concentración para los Aliados, y sin

dudas fijó un precedente para todo lo que vino después". Tomó la caja de manos de Elsa, y se la entregó a Dominga. Desató el lazo que la mantenía cerrada, y cuando retiró la tapa vio las pulsera que era adornada por la medalla con la estrella de David.

"- Era de mi madre. Murió el año pasado, pero logró llegar a su vejez gracias a la valentía de su esposo. Pedí permiso a mi padre para venir hasta aquí y entregársela a usted como una ofrenda. Lamentablemente no pudo acompañarme, ya casi no puede caminar a causa de su reingenua".

Dominga tomó la pulsera entre sus manos, y la contempló maravillada. "- Es lo más hermoso que he visto, pero no puedo aceptarla. Deberías quedarte con ella".

"- Insisto", respondió Elsa.

Dominga decidió darle el gusto, y volvió a guardar la alhaja en la caja. "- Si gustas acompañarnos, iremos a tomar un café".

"- Sino es molestia, me encantaría acompañarles".

CAPÍTULO 4

Los recién casados avanzaban por el pasillo central, y los invitados aplaudían efusivamente. En el atrio, rápidamente se agolpaban para felicitarlos por el enlace.

Helga, incómoda como se sentía usualmente frente a grandes aglomeraciones, puso todo su empeño para disimular e intentar transmitir el regocijo que sentía por dentro.

Cuando la muchedumbre se dispersó, se aproximó hasta donde estaba su hija. "- Eliza, no sabes lo orgullosa que estoy de ustedes. Que sean muy felices".

"- Muchas gracias, madre. Espero que logremos serlo tanto como fueron tú y papá". Las lágrimas comenzaban a correrle el maquillaje, pero poco le importaba.

"- Seguro que tu padre te está observando desde allí arriba, y está tan feliz como yo de verte radiante", dijo Helga mientras se abrazaban cálidamente.

El agasajo lejos estaba de ser lujoso, pero reunía a la familia y amigos en un festejo que bien merecían. Eliza y Herman saludaron pacientemente mesa por mesa, agradeciendo a los asistentes por acompañarlos. Al

terminar la ronda, tomaron su lugar en la mesa familiar.

“- Madre, ¿en qué piensas?”, preguntó Eliza al notarla meditabunda.

Helga se sonrió, y acarició su mano. “- Nada, hija. Pienso en tus abuelos, y en lo contentos que estarían de ver tu felicidad el día de hoy”.

Roberto ingresaba al salón, y Helga pensó estar sufriendo una alucinación. Hacían ya casi treinta años desde que se habían despedido, y aunque habían mantenido contacto desde entonces, nunca se habían vuelto a ver.

Peinaba canas, prolijamente presentadas con la ayuda de fijador de cabello. El traje como siempre, a medida, resaltaba por su elegancia. Helga caminó hacia él con exaltación, pero al mismo tiempo con compostura.

“- Roberto... No puedo creerlo. Has venido”.

“- En cuanto recibí tu invitación, no lo dudé ni por un minuto. Estás bellísima”.

Helga se ruborizó sin dificultad, y lo tomó del brazo. “- Acompáñame. Quiero que conozcas a Eliza”.

Regresaron hacia la mesa principal. “- Eliza, te presento a Roberto Ledesma. Viajó desde Argentina especialmente para acompañarnos”.

Roberto tomó su mano, y la besó delicadamente. “- Un gusto conocerte, Eliza. Les deseo mucha felicidad en su matrimonio”.

“- Finalmente el misterioso compañero de trabajo de la expedición de mi madre por el hemisferio sur tiene rostro. Me imagino la paciencia que debió tenerle por ese entonces; si aún es ansiosa por naturaleza, no puedo imaginarme entonces”.

La orquesta amenizaba el festejo, y en la pista de baile los novios marcaban el paso. Mientras tanto, Helga y Roberto conversaban a la sombra de un árbol en el jardín, y fumaban un criollo.

“- Entonces, ¿no sabe nada?”, interrogó Roberto.

Helga inhaló profundamente, y le entregó el cigarro. Exhaló el humo lentamente por la nariz. “- Sabes que no tenía sentido hacerlo. ¿Qué iba a decirle? ¿Que había sido concebida en una noche que su madre pretendió

ahogar sus penas en alcohol?".

Roberto la miró fijamente a los ojos. "- ¿Te arrepientes de lo que hicimos entonces?".

"- Ni por un momento. Es sólo que, criarla sola o fue sencillo. Tuve que mentirle sobre mi pasado, con la complicidad de mis padres, intentando borrar casi treinta años de mi vida para no afectar la suya. Inventé toda una historia sobre la muerte de su padre, cuando merecía saber la verdad y decidir por ella misma si quería conocerte".

"- Lo has hecho bien, Helga. Este día es una clara demostración de ello".

"- Espero que lo que aconteció en aquellos años no vuelva a repetirse, nunca más. A veces, temo que un conflicto de esa magnitud vuelva a suceder, ¿sabes? ¿Hemos aprendido algo a fin de cuentas, o volveremos a caer en los mismos errores?", preguntó compungida.

Roberto la tomó por la cintura prontamente, y la besó. "- No lo sé, Helga. Ahora, entremos y acompañemos a los novios. Es todo lo que me importa en este momento".

EPÍLOGO

La calles de Leipzig intentaban retomar su rutina luego de la guerra, ahora bajo el control de las fuerzas aliadas. Centenas habían regresado a su ciudad natal, buscando recuperar las vidas que habían dejado atrás con el exilio -si es que algo aún podía ser rescatado-.

"- Lo siento; quisiera poder ayudarla, de verdad. Pero los documentos son claros. La propiedad fue adquirida legalmente por los actuales ocupantes".

Frida contempló al funcionario, rendida. Tomó los papeles que había presentado en la oficina de registro con la mano que tenía libre -en la otra, Elsa dormía profundamente-, y dio paso al siguiente en la fila. Descendió los escalones del edificio público, y comenzó a caminar hacia el refugio una vez más.

Las opciones, limitadas de por sí, habían sido agotadas por completo. Primero, el imprevisto desencanto de la vuelta a Varsovia. Luego, la ciudad que los había visto crecer y formar una familia, les demostraba su

indiferencia y les daba la espalda.

Cuando dobló la esquina, sus ojos no terminaban de distinguir la figura que veían parada frente al asilo.

“- ¿iViktor!?”, dijo Frida mientras comenzaba a correr hacia él.

Apoyado en una muleta, abrió los brazos, esperando concretar el tan ansiado -y esquivo- reencuentro.

“- ¡Viktor! ¡No puedo creerlo! Pensé que te habíamos perdido. ¡Es un milagro!”.

Se mantuvo en silencio, mientras sus lágrimas comenzaban a mojar los cabellos de su esposa.

Frida tomó su rostro con sus manos, y besó en los labios. “- ¿Dónde has estado? ¿Cómo nos encontraste?”.

“- Ya habrá tiempo para contarlo todo. Por el momento, vámonos de aquí. Lo que sea que hayas venido a buscar, ya no existe. Nos enfrentamos a un nuevo mundo. No se aún si peor o mejor, pero diferente al fin. Y en esta ciudad ya no tenemos nada por hacer. Lo que siga en nuestro camino, lo enfrentaremos juntos”.

FIN